

# BUEN HUMOR



Dib. ROBLADANO. — Madrid.

— ¡Muy bonito, don Heliodoro! ¡La señora en casa y usted aquí con la hortensia!

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— Pero, Juan, ¿cómo vienes a cazar pájaros con un cepillo?

— ¿Con un cepillo?...

— Sí, hombre; con un cepo tan pequeño.

LAS TRES AMIGAS. — Madrid.

*Distracción.*

— Papá, ¿qué quieren decir esas tres eses que pones al final de las cartas?

EL PADRE (de mal humor). — ¡Siempre serás salvaje!

BATUECAS. — Madrid.

*Lección de Gramática.*

— De manera que ya lo sabéis: palabra compuesta es aquella que, pareciendo una sola, puede ser dos. ¿Lo habéis entendido?

LOS CHICOS (a coro). — Sí, señor.

— Pues a ver, Toñico, dime una palabra compuesta.

Toñico ha caído en la mudez más absoluta.

— Vaya, os lo explicaré más claro: una palabra compuesta es aquella que son dos palabras adjuntas la una a la otra, y que cada palabra descende de un sitio distinto.

— Señor maestro, ¡ya sé yo una palabra compuesta!

— Pues dila, hijo.

— El nombre de mi padre.

— ¿Cómo se llama tu padre?

— Agapito.

— ¿Y por qué es compuesta?

— Porque aga descende del verbo hacer...

— ¿Y pito?...

— De San Isidro.

BAJO-CALLE,  
autores jocosos humorísticos.  
Madrid.

¿En qué se parece un pájaro a la hora en que yo como?

En que el pájaro tiene dos alas, y yo como a las dos.

HON-HONG. — Madrid.

Un afilador va por la calle cargado con su rueda, cuando se asoma una señora a un balcón de un sexto piso y le grita:

— ¡Afilador!... ¡Afilador!...

El hombre empieza a subir las escaleras, y cuando ya llega al piso sudando la gota gorda, sale una señora con un niño de la mano, que llora estrepitosamente.

— Afilador — le dice —, ¿verdad que se lleva usted al niño si sigue llorando?

M. L. — Madrid.

En un circo se ha cometido un robo. Un empleado del mismo se encuentra con un amigo que le pregunta:

— ¿Qué tal se porta ese detective que habéis mandado venir?

— Muy bien; no ha hecho más que llegar, y ya está sobre la pista.

ALFONSO ORADIEL. — Ávila.

*El colmo de la frescura.*

Tomarse un vermut en un bar, dar un duro falso al del mostrador, y decir al marcharse:

— ¡Que usted lo pase bien!

EMILIO MORENO. — Madrid.

Una señora necesita una dama de compañía, y le recomiendan a una joven que es muda.

— Pero ¿cree usted — contesta la señora — que cuando tenga que ir de viaje voy a ir con una muda sola?

PIRULÍ DE LA HABANA. — Oviedo.

El premio del número anterior ha correspondido a **Don Paquito**.

En estos días es cuando más indicado está el uso  
de los famosos POLVOS INSECTICIDAS de

**LEYER Y COMPAÑÍA**

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## == Bases para nuestro concurso de julio. ==

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo agosto.

2.º **Medio billete de lote-**

ría para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

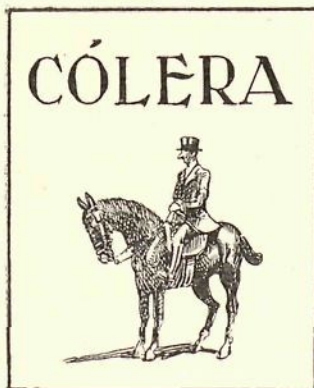
Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de agosto, haciendo el envío por correo precisamente, a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los pre-

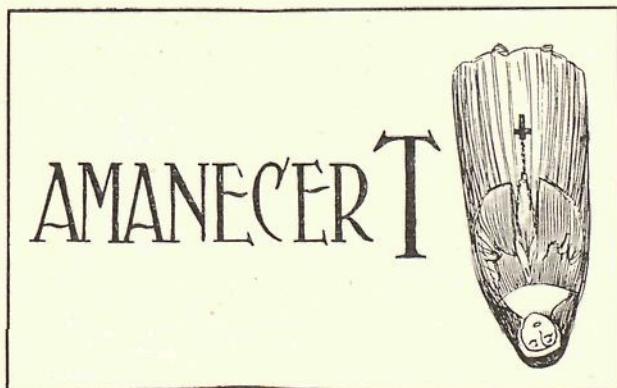
mios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de julio, insertos en la página 22. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 20 de agosto se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

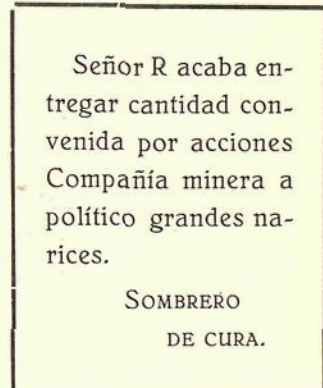
7. — ¿Qué ha resultado Piniés en Las Jurdes?



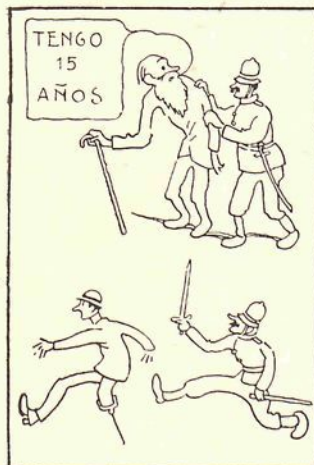
8. — Palmípeda.



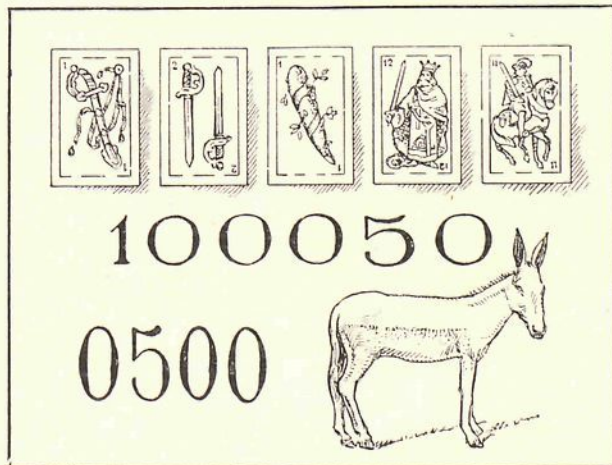
9. — Un extraño despacho telegráfico.



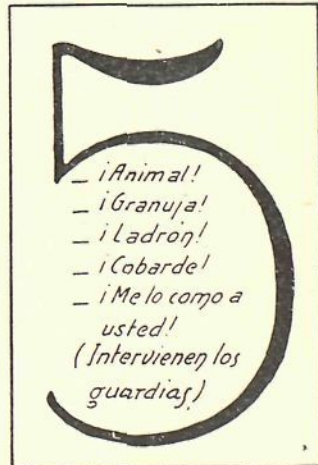
10. — Refrán.

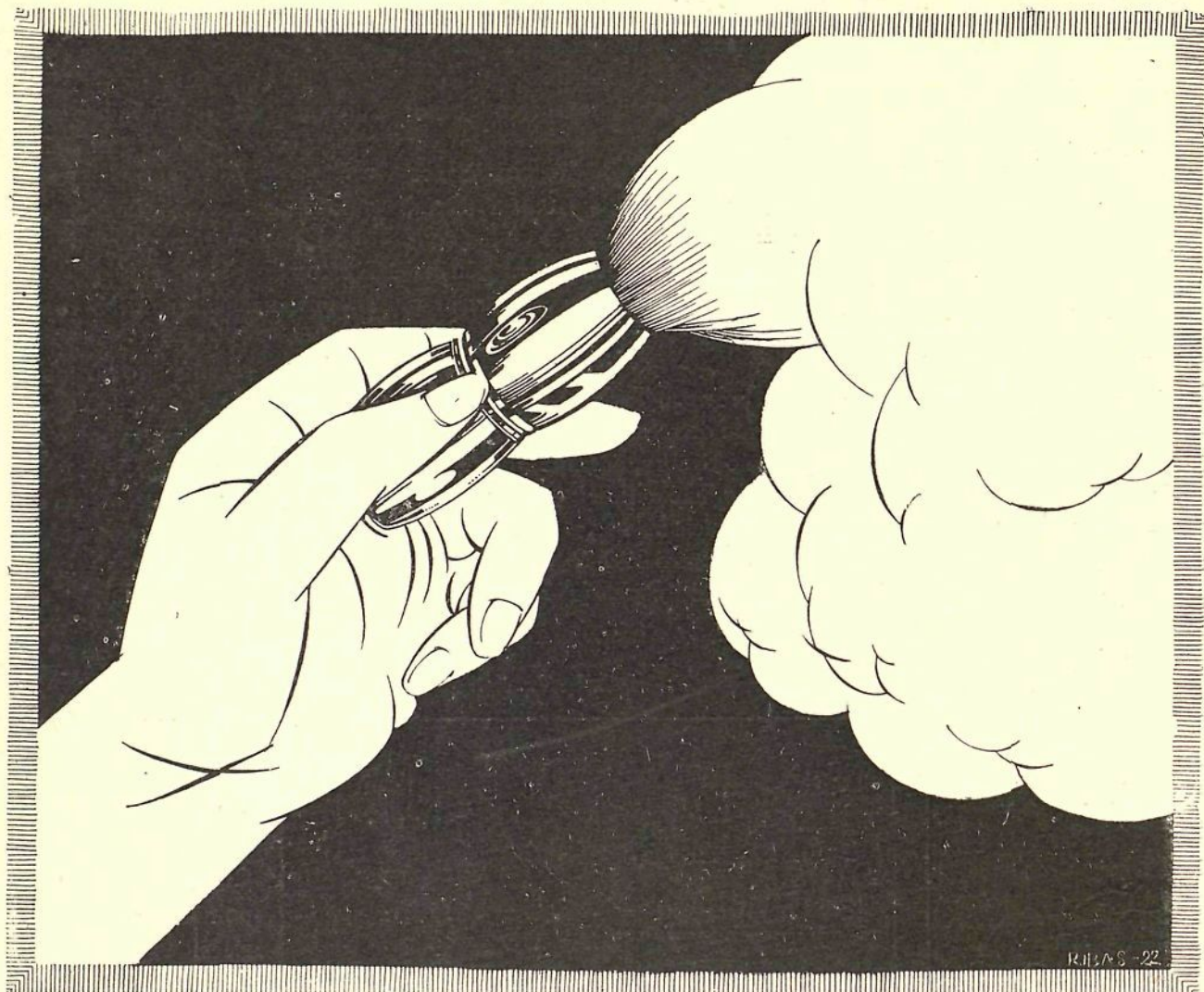


11. — Lo que come La Cierva en el pueblo.



12. — De la fiesta nacional.



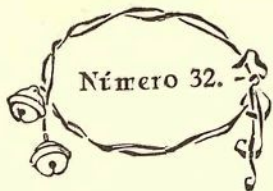


EL JABÓN DE AFEITAR  
EN BARRAS

DE LA PERFUMERIA GAL

produce abundantísima espuma que  
no se seca en la cara.

TUBO 1.50



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 9 de julio de 1922.



## UN NEGOCIO PRODUCTIVO

**L**A vida es un *carroussel*.» ¿Quién ha dictado esta sentencia, digna de esculpirse? ¿Séneca? ¿Diderot? ¿Voltaire? ¿El conde de Romanones? Confieso que no lo sé. Quizás sea un proverbio árabe; tal vez sea un refrán egipcio o un credo filosófico de la edad de piedra, que, de generación en generación, ha llegado hasta nosotros. Venga desde los nebulosos días de la edad del sílex, de los espléndidos de la faraónica, de los maravillosos de la cesárea o de los turbulentos de la Enciclopedia, lo indiscutible es que el decir «la vida es un *carroussel*» señala un paso goliatesco en la civilización de los pueblos.

La imagen es digna de una urna; así como en el *carroussel* giramos, subimos y bajamos a voluntad de los rieles, así también en la vida bajamos, subimos y damos vueltas a voluntad de los rieles del Destino (¡soberbio párrafo!), y tan pronto nos hallamos en medio de una opulencia que enajena, como tenemos que dedicarnos a la caza del duro con un ensañamiento que a veces nos lleva a la caquexia (¡bravo!).

En esta situación última, espantosa como el Malestroom, se encontraba Heliodoro Berriachea al comenzar esta historia, original como el pecado.

Heliodoro, en el *carroussel* de la vida, había permanecido arriba siempre, y, es claro, no tenía más remedio que bajar, como todos los descendientes de Adán y Eva.

Al morir su padre, que era viudo, Berriachea heredó varios volquetés de duros, y el chico, con veintidós años y un carácter más alegre que un redoblante, se dedicó desde aquel mismo año al dulce juergueo. Como sabe todo el mundo, esta profesión, en la que Petronio el *Elegante* batió el *record* de altura, requiere una de billetes como para contarlos con máquina. A nadie extrañará, pues, que Heliodoro, a los dos años de aquella vida placentera, se encontrase con que su fortuna se había disipado, como se disiparon no hace mucho un tal Casanella, y hace poco un tal Raisuni.

Berriachea, que era castaño, no

se andaba por las ramas. Cogió los valiosos enseres de su casa, y, metiendo los enseres en seras y en serones, los fué trasladando a esos locales, todo cordialidad y poesía, que se llaman casas de préstamos. Cuanto llevaba Heliodoro les interesaba mucho a aquellos señores, y digo esto porque se lo tomaban con un gran interés.

Durante un año largo Berriachea vivió de lo que le producían aquellas mudanzas, y llegó un día — ¡día nefasto! — en que no quedaban en su casa más que una cama sin colchones y un encendedor automático de celuloide, último berrido de la moda. ¿Qué hacer?

En su caso ignoro cómo habría procedido Napoleón III; pero sé, en cambio, cómo procedió Doro Berriachea. El encendedor valía treinta y cinco céntimos — alta tasación —, y la cama, de caoba, quinientas pesetas. Nuestro pollo cargó con el lecho, de una suntuosidad apabullante, y media hora después se quedó sin el lecho.

En seis meses, viviendo en una estrechez de tiralíneas, Doro consumió las quinientas y se quedó con el encendedor de celuloide por toda fortuna. Miento. Además de aquella joya luminosa, Berriachea tenía una sortija de diamantes que valía doce mil pesetas. Pero la sortija no la vendía Doro aunque le ofreciesen por ella la propiedad de un transatlántico. ¿Por qué? Simplemente porque era un recuerdo de su padre, y Doro tenía una seriedad de *polliceman*.

Más apurado que la cullilla de un águila, Berriachea



Dib. SILENO. — Madrid.

chea dióse a pensar lo que había de hacer. Nada. No se le ocurría más que la pequeñez de robar en el Banco de España. Y eso era algo así como pretender atravesar el desierto de Sahara encima de un pelicano. ¡Pensar que todas aquellas angustias las producía la falta de dinero, del maldito metal... Yo me extendería muy gustoso en una disertación filosófica sobre el dinero; mas para ello es preciso que yo conociera el dinero, y, a decir verdad, sólo tengo alguna que otra referencia lejana sobre la existencia de ese importante factor sociológico que nace en la Casa de la Moneda.

Tres días después, Heliodoro tenía tal hambre, que veía en el escaparate de cualquier taberna una tortilla, y le daba un vahido, seguido de una convulsión.

La tarde de la tercera jornada, Berriachea se paseaba por Madrid. Era verano, y los descotes blancos de las mujeres lucían como arcos voltaicos; nuestro joven, a la vista de aquellas adorables desnudeces, se sentía antropófago: ¡eso era carnicita fina, y no los filetes de ternera!...

Al pasar por una joyería de la Carrera, Doro se detuvo extático. En el escaparate había un collar, un magnífico collar de diamantes, y al lado, un tarjetón que decía:

«100.000 pesetas.» ¡Caray! ¡100.000 pesetas!... ¡Como para salir de apuros!... Apenas dudó. Aquel collar significaba para él la comida de ocho años. Sacóse del dedo el anillo paternal, y rápidamente cortó la luna del escaparate, que se rompió con estrépito: una mano que entra por el hueco y se lleva el collar, y luego una carrera como para reirse del Derby, seguido de cuarenta o cincuenta personas que gritaban: «¡A ésel!... ¡A ésel!...»

¡Sí, sí!... Berriachea tenía motores en las suelas. Cuando paró de correr, hacía media hora que se había quedado solo y se encontraba en Aranjuez.

¡Por fin llegaba la felicidad, la resolución de todos los problemas!...

Volvió a Madrid la misma noche y se dirigió a un tasador de alhajas: el robo no se había hecho público todavía.

— ¿Qué vale esto?

El tasador examinó la joya como la habría examinado un catedrático de Penal, y luego dijo:

— Esto es más falso que un asiento de rejilla.

¿Qué decía aquel hombre? ¿De modo que ya no le quedaba otro recurso que la sortija paternal?

Pero...

Se registró los bolsillos: la sortija no parecía...

A la mañana siguiente algunos

periódicos daban la información que sigue:

«Un audaz ladrón asaltó ayer tarde, en medio del gentío, el escaparate de la joyería de Fulgencio Refulgente. En los primeros momentos, el público, escandalizado por el hecho insólito, persiguió al ladrón; pero la calma fué restablecida cuando el señor Refulgente manifestó que el collar robado era falso, y que estaba en el escaparate para reclamo de la casa.

»En cambio, en su precipitación, el delincuente ha dejado caer dentro de dicho escaparate una magnífica sortija de diamantes, valorada en 12.000 pesetas.

»Nuestra enhorabuena al ladrón por su productivo negocio.»

¿Necesito decirte, lector, que Heliodoro sufrió seis ataques de erisipela?

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

\*\*\*\*\*

## TODOS A 0,65

La verdad en escena.

— ¿Por qué — preguntaba un cómico a un empresario — no hemos de tener, cuando la escena así lo requiere, los manjares y bebidas que reza nuestro papel?

— Es verdad — contestó el empresario —; yo haría con mucho gusto esos gastos, si cuando la escena aconseja que le den a usted un tiro, se lo pegaran de verdad

\*\*\*

El por qué no lo sé yo;  
le dije guapa a una rusa,  
y la rusa me entendió.

\*\*\*

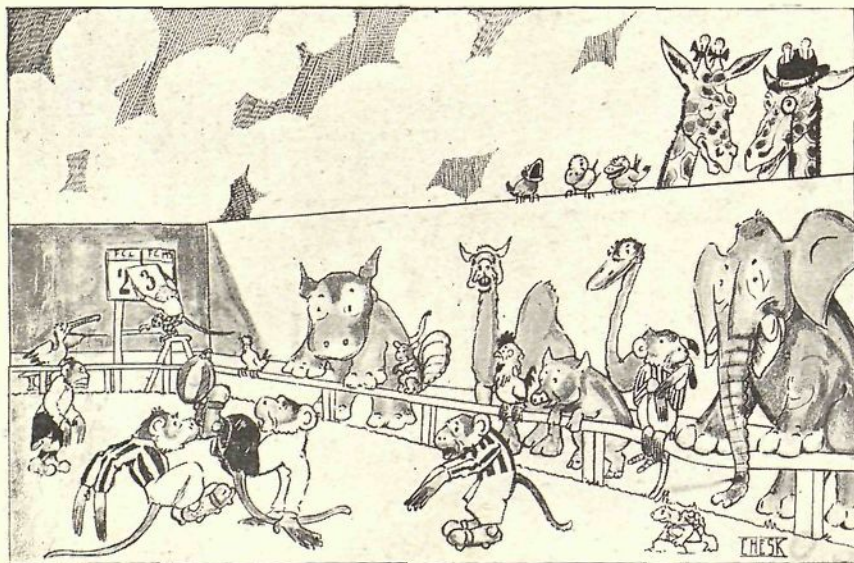
Vivir... es desayunar en Tournié, comer en Lhardy y cenar en el Ritz.

Morir... es hacer las tres comidas en una casa de huéspedes.

Los sombreros de las señoras.

El primer empresario que amablemente consiguió que las señoras se quitaran el sombrero durante la representación fué un inglés, director del teatro de la Reina, en Londres.

Los acomodadores de su teatro, cuando veían una señora sentada en butacas con el sombrero puesto, se acercaban cortésmente y le entregaban un tarjetón que decía: «En el entreacto se pondrá en la sala un cartel que dirá: Por disposición de la autoridad se dispone que



«FOOT-BALL»

Dib. CHESK. — Madrid.

JIRAFAS MACHO. — Tenias razón, mujercita, en no querer pagar los veinte cocos de entrada.

*puedan presenciar la función con los sombreros puestos las señoras cuya edad exceda de cincuenta años, a las que se les permite por respeto a sus achaques.»*

Muchas señoras se quitaban el sombrero antes de acabar de leer la supuesta orden de la autoridad.



Todo el mundo sabe, o debe saber, que el amor y los metales atraen el rayo Luego, para preservarte de sus efectos,

no debes enamorarte ni llevar encima metales más o menos preciosos, acuñados, en barra o en polvo.

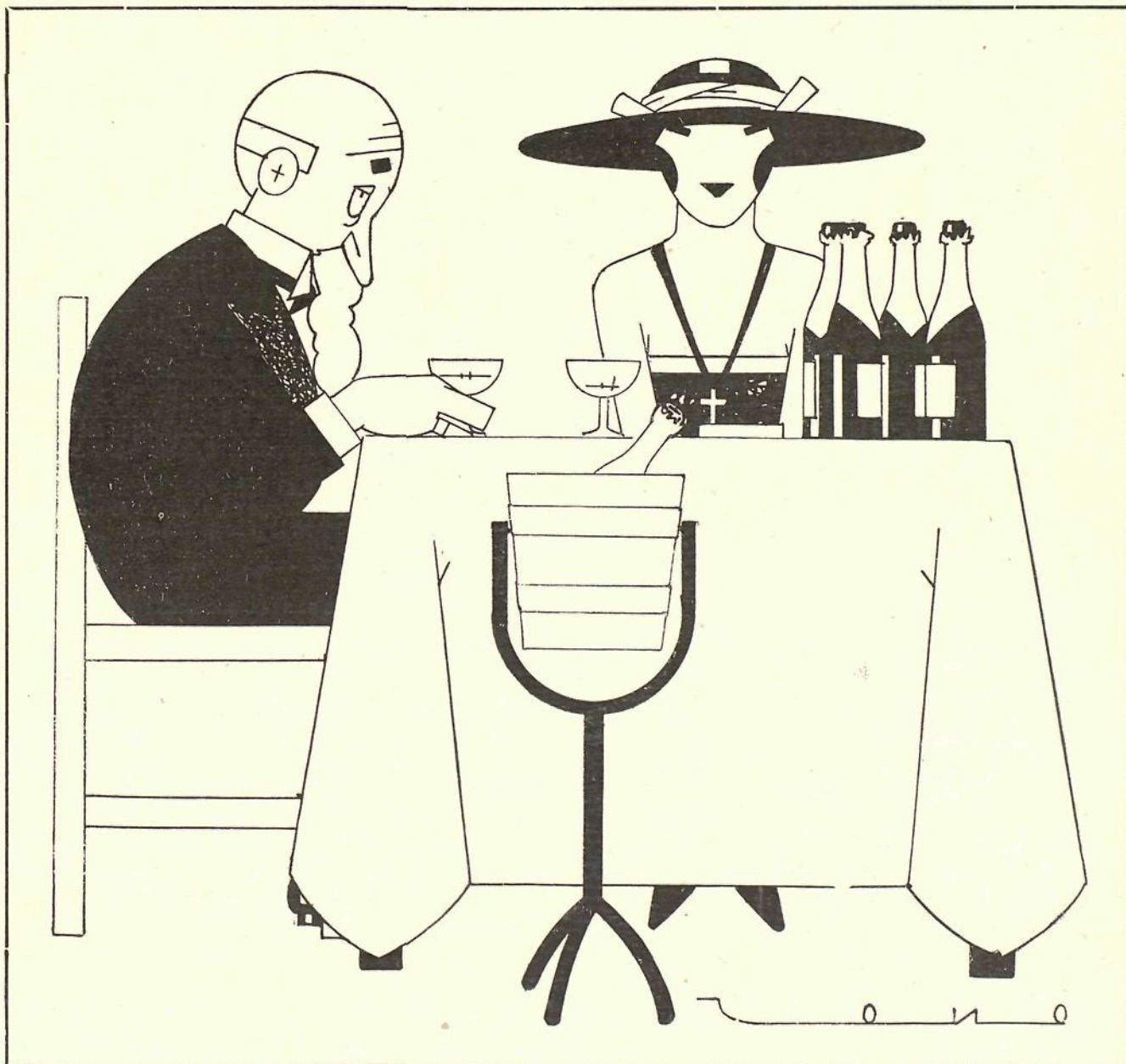
Siempre que estés con algún amigo o amiga y comience a cernirse sobre vosotros la tormenta, debes decir a tu acompañante que, mientras buscas asilo cerca de un pararrayos, te dé el reloj, las sortijas, las monedas... Así le salvas de un probable peligro.

«Pero le atraigo sobre mí», me dirás. Y yo te replicaré que no. El peligro de las tormentas está en el monte, y sobre que tú no debes empeñar los metales de tu

amigo o de tu amiga, sino venderlos, los rayos son muy inteligentes, y matan siempre a gente de escasos conocimientos. La prueba está en que nunca habrás leído que un rayo ha matado al presidente del Consejo, ni a un gran pintor, ni a un banquero. Los rayos matan a un pastor, a un árbol, a un burro o «al palo del telégrafo».

Así es que en cuanto la *tempestà é vicina*, tú agarras los metales, y a la compraventa con ellos.

ANTONIO QUEVEDO DOCE.



- ¿Qué quieres ahora?
- Champán, por no cambiar.
- No; el que va a tener que cambiar soy yo.

Dib. TONO. — Madrid.

## "BUEN HUMOR" EN PARÍS

### Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

## VI

Anoche he estado en el teatro.

Esto lo digo, primero, para que rabien ustedes... (aunque, bien pensado, me da lástima, porque rabiar en verano es una cosa gravísima); y en segundo lugar, para que, con lo que yo les cuente, se formen ustedes una idea de lo que es el teatro en esta divertida capital.

Las funciones empiezan puntualmente a las ocho y cuarto, es decir, de día clarísimo en este tiempo, lo cual me hace aconsejar muy en serio a las empresas que vendan localidades de sol y de sombra como en nuestras plazas de toros... ¡Y esto no es una broma, como lo demuestra el hecho de que anoche le estubo dando el sol en la calva, durante todo el primer acto, a un comerciante de Angulema que ocupaba un sillón de entresuelo!...

Las butacas no se venden por filas, sino por números de orden... A mí me tocó una butaca que tenía el número 495 (por lo que sufrí un colapso y lloré amargamente al mirar el billete); pero luego resultó de la fila octava y de callejón (por lo que me alivié en seguida y sonreí, completamente ebrio de felicidad)... Aun hay otra novedad, y es que las taquilleras son las que numeran las localidades con un lápiz rojo (que ente-

ramente parece que están ejerciendo la censura); y esto sí que es una solemne tontería, porque es hacer trabajar a las pobres mujeres, mientras se tocan las narices los cajistas de la imprenta donde se hace el billeteaje...

En el vestíbulo le venden a usted un programa con el título de la obra, los personajes, los nombres de los actores, cinco o seis retratos de los más famosos entre ellos, y unos cuantos anuncios de perfumerías, cafés y tiendas de sombreros, ¡cosa originalísima, como verán!, por el módico estipendio de un franco con cincuenta céntimos... Y, ya dentro del teatro, le sonríe a usted la acomodadora encargada de colocarle, y le llama *monsieur* tres veces, a cambio de otro franco y otros cincuenta... Puede usted también comprar una cajita de bombones, que suelen ofrecerle unas bellísimas hijas de familia que pululan por la sala, y a cuyo encanto peregrino no hay modo de resistir (cinco francos); y debe usted adquirir, desde luego, el libreto de la obra que van a representar, puesto que no hay otra forma de enterarse de lo que pasa en escena más que leyendo los diálogos al mismo tiempo (tres francos veinticinco)... Durante los entreactos, es de muy buen tono tomarse una naranjada o un bock de la *bière* en el bar instalado en el *foyer*

(dos francos); y a la salida del teatro es conveniente, y casi siempre necesario, tomar un auto de alquiler para salvar los cuatro, cinco o seis kilómetros que suele haber de camino entre el coliseo y el hotel donde usted se hospeda (cinco, seis o siete francos)... ¡Menos mal que aquí por una butaca no se cobra en taquilla más que la miseria de treinta francos!...

¡Ya supondrán ustedes, por lo que acabo de exponer, que no debe sorprender a nadie que aquí los cómicos y los autores dramáticos gasten automóvil, si bien es cosa probada que los espectadores acaban generalmente pidiendo limosna!...

Otro detalle tiernísimo y conmovedor es que aquí la gente no grita, protesta ni patea en el teatro, costumbre encantadora que, como autor, aplaudo con entusiasmo (primera vez en la Era Cristiana que un autor aplaude al público).

Y para que no falte nada en esta verídica relación, diré que el coliseo escogido para solazarme ha sido el *Théâtre des Bouffes-Parisiens*, y la obra representada, la famosísima opereta titulada *Phi-Phi*, cuya 2.119 representación es la que he tenido el honor de ver...

¡Estupidez supina por mi parte, pues en el balance que he verificado en mi cuarto del hotel resulta que me he gastado cincuenta francos por ver hacer *Phi-Phi*!...

¡Y esto lo he visto hacer en Madrid, sin gastarme un céntimo, la mar de veces y en la mar de calles!...

## VII

La semana que acaba de transcurrir ha sido la que pudiéramos llamar *semana grande* de París. En ella tienen lugar todos los años los siguientes acontecimientos:

Las carreras de caballos en el hipódromo de Auteuil... Entrada a la tribuna, diez francos; pero no hay manera de ver nada... La aglomeración es tal en las escaleras de acceso, que no ve usted ni un caballo, ni un *jockey*, ni la pista, ni los diez francos..., aunque proteste diciendo que le devuelvan el dinero...

Segundo acontecimiento de la semana: la carrera del *Grand Prix*, que aquí ofrece la curiosa novedad, desconocida en las demás capitales de Europa, de que si no la gana un caballo..., la gana otro... (¡Qué cosas aprende uno viajando!...)

Pero el acontecimiento más sensacional de todos es el lanzamiento de las modas del verano, que en París, para que ustedes lo sepan, no está a cargo de las damas elegantes, como en las carreras de caballos de Madrid, sino que lo verifican *las modelos* (distingui-



LA PLAZA DE «L'ÉTOILE» Y EL ARCO DE TRIUNFO

Esta estupenda plaza es, sin disputa alguna, la más hermosa de la gran metrópoli. Debemos observar que París dispone de unas mil plazas; pero pasa de cuatro millones el número de opositores aspirantes a las mismas... La plaza de que estamos tratando se llama de La Estrella porque en ella desembocan doce enormes avenidas, que le dan una forma semejante a la estrella de los vientos. Huelega decir que los vientos son doce también. (¡¡Atchís!!... ¡¡Jesús!!... ¡¡Ya lo he pescado!!...)

El monumental arco de triunfo que honra con su asistencia el centro de la plaza se comenzó a edificar, por orden de Napoleón, precisamente en los días en que Fernando VII gastaba paletó; pero no se pudo acabar hasta los tiempos de Luis Felipe, por lo cual se tardó en construirle unos veintiséis años: muchos menos, desde luego, que los que emplearemos en Madrid en acabar la Gran Vía...



das ciudadanas, con doce francos de sueldo) contratadas por las grandes modistas, los enormes modistos y los enormísimos almacenes del *Louvre*, *Printemps*, *Galerías Lafayette* y *Bon Marché*... ¡Sí, señores, hasta los almacenes! Muchas de las modas que encantan a nuestras marquesas, duquesas, condesas, baronesas y demás señoras de esas, han salido de lo que pudiéramos llamar *El Aguila* de París!... Y esto de *El Aguila* lo digo con tono un poco jocosos, no porque me parezca *El Aguila* un almacén de bajo vuelo, ni porque yo haya tomado nunca a risa a tan simpático animalito, que ha surtido de ropa a Melquiedes Alvarez, al poeta Villaspesa y a *Azorín*; lo digo porque conviene que se divulgue que en París puede lanzar una moda cualquier guasón que posea un mostrador y doscientos metros de tela a la que necesita dar salida para que no se apolille.

Voy a citar un ejemplo, de cuya autenticidad respondo con la cabeza de Maura; y no digo que con mi cabeza, porque la gente la estima menos que la otra.

Un sanatorio belga, hace tiempo establecido en los alrededores de París, acaba de renovar todos sus enseres, ropa de cama, alfombras y el vestuario de sus empleados y enfermeros, que pasan de tres mil. Naturalmente, ha puesto a la venta en subasta pública los efectos usados; y un gran bazar de novedades ha adquirido dos mil quinientas blusas largas de enfermera y tres mil cordones de los que había en los cuartos de los enfermos para tirar de las campanillas y llamar a las enfermeras de las blusas largas...

Esta compra ha llamado aquí la atención y se ha comentado durante un par de días; pero al llegar el día tercero han aparecido en los periódicos de modas interesantes y preciosas descripciones de lo que va a ser la bata de verano que se ha de llevar esta temporada: bata larga, de tela cruda, en forma de blusa de enfermera (delicado recuerdo a las gentiles damas de la Cruz Roja de los tristes días de la Gran Guerra); y como detalle coquetón, y para dar elegancia a la prenda, un cordón de seda, con una borla, que servirá para ceñir la bata a la cintura...

¡Vaya con tiempo este aviso a Madrid, y a ver si podemos evitar que las señoras de nuestra aristocracia paguen trescientos cincuenta francos a *M. Viville*, modisto, para llevar por casa la blusa de una sirvienta, ceñida con el cordón de una campanillal!...

¡Y lo que yo siento es no haberme encontrado en París cuando el negocio de los impermeables!... ¿Ustedes no conocen este asunto?... ¡Pues es un *affaire* sensacional!... ¡Y por culpa de este *affaire* acabo de pasar hace un momento la vergüenza más grande de mi vida!...

Hagamos historia:

Cuando se firmó la paz con Alemania,



LA « RUE SOUFFLOT »

*Magnífica calle, de respetable anchura y bastante bien alumbrada cuando hay sol, que conduce desde el boulevard Saint Michel hasta el Panteón, que es esa soberbia casa de vecindad que se divisa al fondo, y en la cual se da la curiosa particularidad de que todos los que viven en ella son antiguos difuntos... No digo que en paz descansen, porque, dado el ruido y la baráunda de coches y transeúntes que constantemente hay en la callecita, dudo mucho que puedan descansar...*

*Debo añadir, en obsequio de los lectores que no lo sepan, que esta rue se encuentra en pleno barrio Latino, que, como ustedes verán, se parece muy poco a nuestro barrio de la Latina, cosa, después de todo, muy natural, puesto que cada uno es de un sexo distinto...*

el ejército francés poseía dos millones de impermeables que habían ya servido lo suyo en varias batallas de las que se llevaron a efecto en medio de formidables chaparrones... Una vez terminada la guerra, los impermeables no servían más que para los museos o para cubrir las mesas de operaciones de los hospitales quirúrgicos; pero eran negros, y se desistió de ello...

¿Se sabe lo que pasó con los impermeables?... Se presume; pero nadie tiene la certeza... Lo único seguro, lo que no se puede negar, es que hace año y medio lanzó París una moda nueva que hizo sensación en el mundo, y sobre todo en los países que habían sido neutrales, uno de ellos España: la moda fué la de los impermeables negros...

¿No se acuerdan ustedes?... En Madrid tuvieron un éxito feroz... Señoras y caballeros, pollitas y polletes los han lucido por esas calles, dándose un pisto loco... Eran unas prendas feisimas, de hule negro, de aspecto tétrico y mucho más pesadas que los dramas de López Merino... Las personas que se las ponían parecían buzos, reos de muerte camino del patíbulo, catafalcos que iban de paseo, etc., etc.; todo menos seres humanos... Tan impresionantes resultaban, tal efecto producía el hule negro a la gente sencilla, que yo mismo, que me pirro por chicolear a las muchachas, cuando veía a alguna que llevaba el impermeable y era guapa, en vez de decirle: «¡Ole las hembras!», le decía: «¡Hule los cuerpos!», sugestionado por la majestad del atavío.

Y, ¡claro!, sucedió lo que tenía que suceder... Uno es elegante, aunque le esté mal el decirlo a uno; uno no tiene más remedio que rendir culto a la moda, aunque la moda no siempre le guste a uno; y uno no pudo por menos que comprarse el consabido impermeable... Ese uno era un servidor, que alojó treinta y tantos duros por la prenda, la lució por todo Madrid, con un gesto de conmiseración para los que no tenían la fortuna de poseer otra igual, y ¡joh dolor!, la ha traído a París en previsión de que hubiese algunos días lluviosos, y para que vieran los franceses que los madrileños íbamos a la última...

Y hace un rato, paseando yo por la *rue de Aboukir* con mi impermeabilito, me he sentido de pronto detenido por un caballero que, en la misma esquina de la *place du Caire*, se ha echado llorando en mis brazos, ha palidecido al ver la prenda, me ha dicho que fué uno de los primeros movilizados, y, pidiéndome permiso para dar un beso al impermeable, ha exclamado patéticamente, mientras le devoraba a ósculos:

— ¡¡Es él!... ¡¡Es el mismo!... ¡¡Es el abrigo que, cubierto de barro, de sangre de los cadáveres, de excrementos de los caballos y de nieve negra por el humo de los gases asfixiantes, llevaba puesto el general Castelnau el día de la batalla del Camino de las Damas!...

ERNESTO POLO.

Paris. — Café de la Paix. — Julio.

## DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

## ELOGIO Y DEFENSA DEL BOXEO

Cierto amigo me ha rogado que dulcifique los duros conceptos que dediqué al boxeo en uno de mis ensayos anteriores. Si se tiene en cuenta que este amigo mío es un celebrado pugilista, que ha demostrado repetidas veces la dureza de sus puños y la celeridad de sus golpes, se comprenderá que yo no me atreva a contrariar sus deseos.

Hemos de reconocer que el boxeo no es un deporte tan bárbaro como se dice.

No tiene en sí nada censurable. De las atrocidades que en él se cometen no es responsable el deporte, ni siquiera son responsables los boxeadores. *La verdadera fiera, la única*, es el público. Veamos cómo.

Los boxeadores suben al ring. El público los aplaude. Ellos se dan la mano. Este acto tiene una singular importancia. Unos señores que se dan la mano, es lógico que no tienen la menor intención de partirse las narices. Antes bien, se mirarán torvamente y se amenazarán con los puños cerrados. Yo, cuando me voy a pegar con alguien, no empiezo por saludarle efusivamente.

Llevan, además, unos guantes que atenúan el golpe. Esto es otro signo de delicadeza. Previstas todas las eventualidades, por si tuvieran que pegarse, van decididos a hacerlo con menos dureza.

Empieza el round. Los boxeadores, por hacer algo, empiezan a darse golpecitos que revelan un acendrado cariño juguetero.

Hasta ahora todo va bien.

Pero esto al público no le entusiasma.

El público no empieza a divertirse hasta que uno de los jugadores tiene la mala fortuna de darle al otro, sin

querer, un *hook* en un ojo. Entonces sí. Se levanta el público, grita y aplaude. Nunca podré com-

prender cómo se aplaude el que pegan a un hombre. Es lo mismo que si a uno le atropellase en la calle una motocicleta, y los transeúntes empezasen a aplaudir y a jalear al mecánico. Tan desagradable y accidental es una cosa como otra. Claro es que si yo fuera boxeador, si aplaudieran cuando me pegasen, bajaría a las sillas y la emprendería con los entusiastas.

Pero el boxeador no puede. Hay unas cuerdas que le impiden la salida y un hombre que pita en cuanto se pone un pie fuera.

Como no hay un solo valiente que suba a defenderle, él hace de tripas corazón y le da al otro un *knock-down* en el estómago.

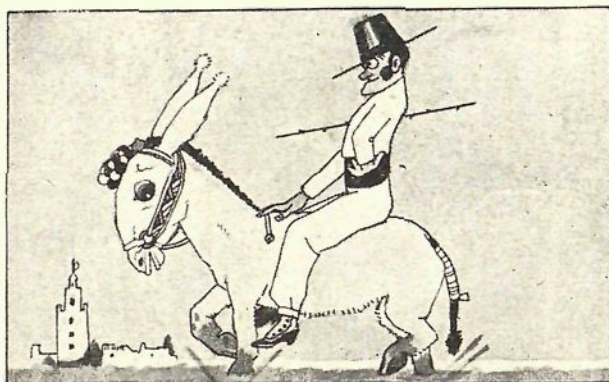
El público aplaude de nuevo. A cada nuevo puñetazo aplaude más. Esto excita a los boxeadores, que empiezan a golpearse ya en serio, no porque el público les preocupe, sino ya por resentimientos personales. Los golpes se suceden. La fiesta ha llegado a su exaltación. Entonces uno de los pugilistas recibe un *knock-out* y cae. Está sangrando por la nariz. Un hombre se acerca y alza y baja el brazo derecho hasta diez veces. Pero el otro no se levanta. Está visiblemente cansado de aquello y del desagradable giro que han tomado las cosas. Sueña el *gong*.

El público aplaude y lleva en triunfo al más afortunado, mientras el vencido se queda en tierra, auxiliado por un *sparring-partners* que procura enderezarle la nariz.

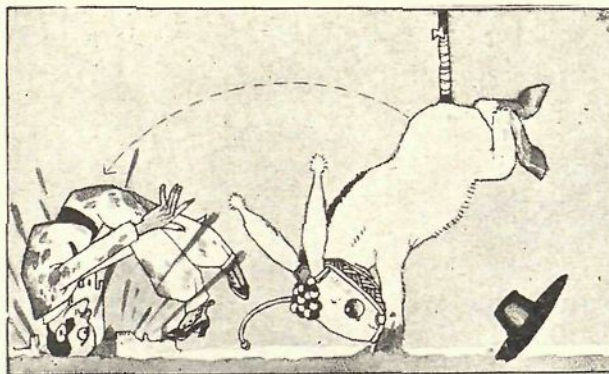
Decididamente, si no fuera por la bárbara intromisión del público, los boxeadores no se pegarían y sería la fiesta más agradable del mundo.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

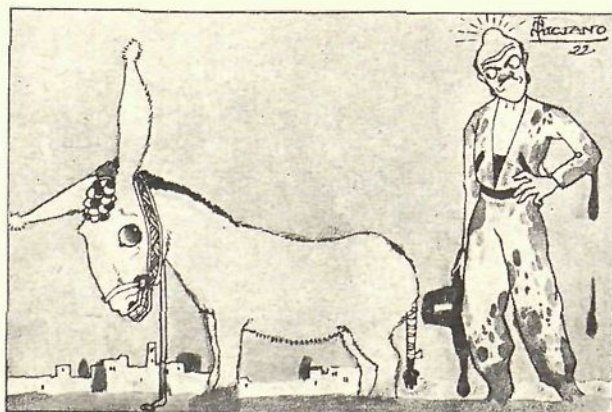
UNA ESABORISIÓN, por T. N. MICIANO.— Sevilla.



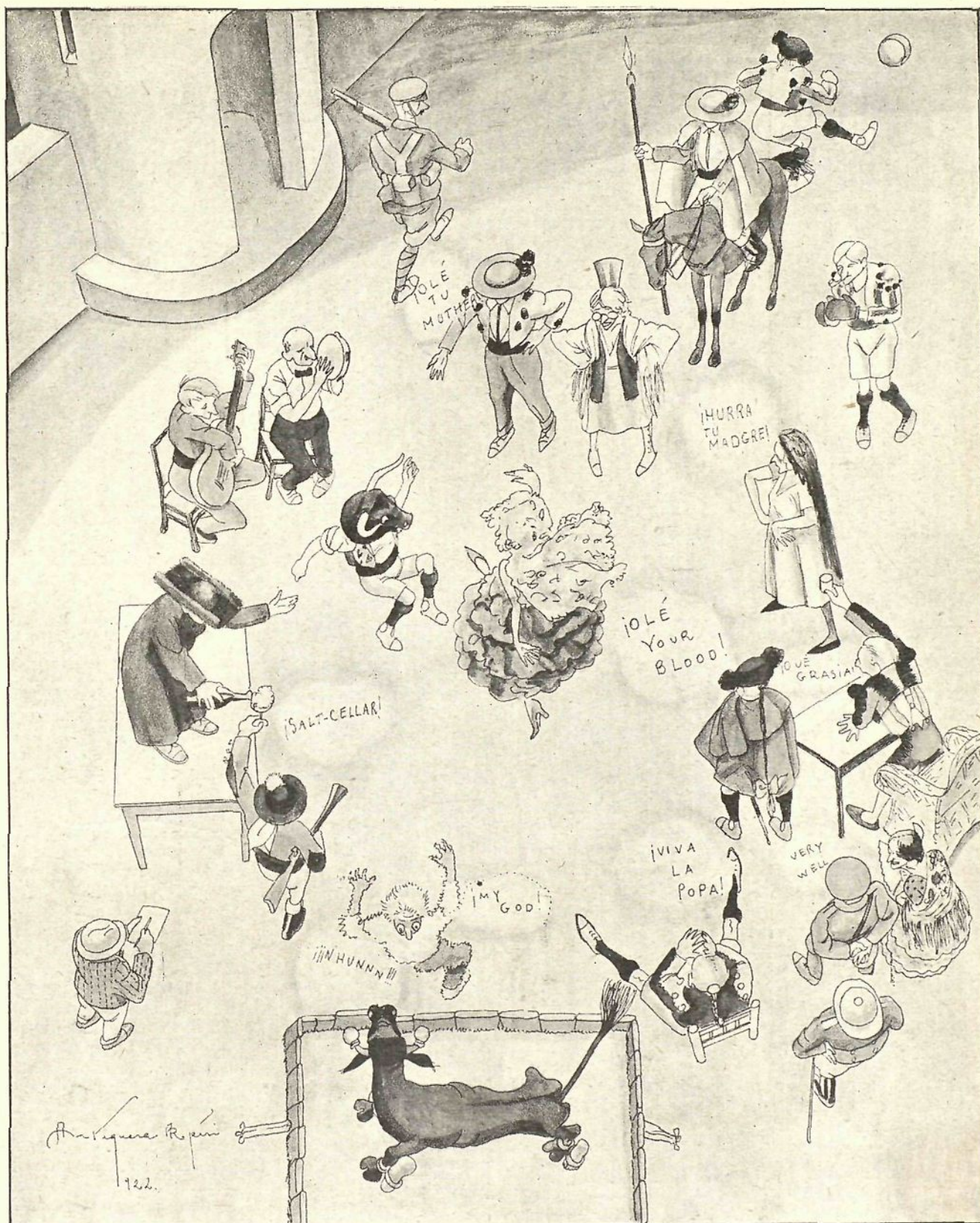
— ¡Mardito fango!... ¡Menúa jamera voy a cogé como venda er bicho este en siete duros!...



¡.....!



— ¡Y pensá que ahora tengo yo que hablá bien de ti en la feria!...



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

II. — Cómo debe ser una verdadera juerga andaluza. (Descubrimiento hecho antes de cruzar el Estrecho.)

Ayuntamiento de Madrid

# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## ¿QUÉ ES UN COMPOSITOR?

Nosotros, aunque muy oculto a la pública consideración, tenemos un sentimiento de la Pedagogía, una irresistible inclinación docente. Nosotros andamos detrás de lo nuevo — como cualquier músico italiano — para entregarlo a la curiosidad del lector. La divulgación nos emociona. Por eso hoy, que hemos tropezado con algo novísimo, de una frescura y una lozanía — la *frescura* no lleva doble intención — sensacionales, nos apresuramos a darlo al público, satisfechos de nosotros mismos. Y vamos al grano. ¿Qué creen ustedes que en materia musical es un *compositor*? Acaso sospechen que el que piensa unos números, los redondea en la imaginación, los resuelve en un instrumento, y luego los lleva al papel pautado. ¿Esto piensan ustedes? Pues están en un grave error.

Según las últimas versiones que llegan de Italia, el país de la música y de todas las artes restantes, el *compositor* es un hombre que *compone* partituras con música de otros.

Así, por ejemplo, el maestro Leo Bard, que, por cierto, no se llama así, sino de otro modo que no recordamos. *Leo Bard* es el nombre de guerra.

Este Leo, entre otras partituras, *compuso* la de *Madame de Tèbes*; pero de tal forma, que la tal *compostura* más bien era una serie de remiendos y parches de todos los músicos conocidos y por conocer. Es un sistema empleado, al parecer, con gran éxito. En *Madame de Tèbes* figuraban desde *la banderita* hasta el *babilonio que maree* de *La corte de Faraón*. Una verdadera delicia, que descubrieron los músicos de Zaragoza la primera vez que se ensayó en España la opereta.

¿Qué tal?...

Después de cumplida la misión divulgadora, solamente se nos ocurren unas levisimas consecuencias: una de ellas, aprovechar por nuestra cuenta las *composturas* en la novísima acepción.

Nosotros vamos a *componer* un magnífico libro titulado *La divina comedia*, con el mismo derecho que *Leo Bard* compone sus partituras.



Dib. CYRANO.

El gran simpático que durante este verano regirá el pulmón de Madrid, o sea Manolo Merino, director artístico del Parque del Retiro.

## ¿QUÉ ES UN COMEDIÓGRAFO?

Un comediógrafo, ¿es un hombre extraño que se saca obras teatrales *de toda la cabeza*? Tampoco es exactamente así, y en el caso de que tal creyese ustedes, estarían en otro gravísimo yerro.

Un *comediógrafo* es otro *compositor*; pero de comedias. Este es un procedimiento facilísimo, y a veces de pingües rendimientos, y vamos a publicar la receta.

Cogen ustedes una comedia extranjera, la leen si dominan otro idioma además del castellano (si no dominan ni el castellano ni otra lengua es igual, las traducciones se hacen baratas), y en seguida la *componen*. Estas composiciones son un poco más difíciles, aunque con algunos chistes trasnochados que se interpolen con habilidad se resuelve el conflicto, y... ya está todo hecho. No hay más que anunciarla con profusión.

Claro es que, así como en Zaragoza hay músicos que descubren los *remiendos* de las partituras, en Madrid hay extranjeros que son *águilas* para ciertas cosas. Y si no, que se lo pregunten al autor (¿?) de cierta comedia estrenada hace poco en Madrid.

¿Cuál no sería el asombro del autor aludido, cuando, al siguiente día de un feliz estreno, se presentó un alemán, libreto en mano, para reclamar los derechos de representación, que le correspondían a un su compatriota! Menos mal que para evitar barullos se arregló una fórmula pintoresca.

El descubridor del *gaza-po* percibiría un cinco por ciento; el autor verdadero — alemán —, un cincuenta; los traductores, que eran dos, un quince por barba, ¡y el autor (¿?), otro quince por ciento!

¡Divertidísimo!

¿QUÉ ES UN CÓMICO?

Un cómico, lector, no es un hombre que interpreta papeles en las comedias; tampoco es un ser trasnochador que concurre asiduamente al café Universal y que reniega de la época actual. Estos que apuntamos son signos aparentes; constituyen algo adjetivo para la personalidad del cómico. El *trasnocheo*, la superabundancia de artistas en los cafés céntricos, son un fenómeno pasajero, un simple accidente.

Esto del *accidente*, quienes con más firmeza lo aseguran suelen ser los camareros. Pero todo ello obedece nada más a que hay paradas muchas compañías.

El cómico, volviendo al punto de partida— nosotros, no el cómico —, es el hombre que no sabe nunca lo que hará en el plazo máximo de veinticuatro horas.

Conocemos varios casos particulares.

El Sr. Thuillier era el artista que parecía que iba a ir la próxima temporada al Rey Alfonso; pero que luego resultó que se quedaba en provincias, y más tarde que le creímos contratado con la Guerrero, y que ahora *no sabemos nada*.

La compañía de Paco Hernández estaba disuelta por el empresario Arturo Serrano; y luego ya no lo estaba; y después, sí; y más tarde, no.

La compañía de María Palóu y Felipe Sassone eran, según nos dijeron, unos pobres *náufragos* perdidos en América, de los cuales varios llegaron a España *a nado*, y, finalmente, resulta que esos mismos cómicos de la Palóu están actualmente en el teatro de la Comedia de La Habana.

¿Ustedes entienden los anteriores líos? ¿No?...

¡Pues hasta la semana que viene!

JOSÉ L. MAYRAL.



GRAGEA

Los enamorados son discretos: dicen tonterías en voz baja. Los demás las dicen en voz alta.

Cuando un hombre dice a una mujer «que será suyo hasta la muerte», ya se sabe que morirá en seguida, aunque luego vuelva a resucitar para otra mujer.



Demetrio

LAS ESCUELAS NUEVAS

Dib. DEMETRIO. — Madrid.

EL PINTOR. — Yo veo así a la mujer. ¿Qué te parece, papá?  
EL PADRE. — Que si yo llego a ver así a tu madre, tú no serías mi hijo.

Los fotógrafos sacan muy favorecidas a las mujeres. Es muy de agradecer la galantería que emplean..., para que vuelvan otra vez a retratarse.

Esos hombres que sólo viven para comer, parece que se van a comer a todo el mundo.

Una vez, en el Museo de Historia Natural, encontré a un conocido que le gustaba mucho aquello. Y allí se empeñó en quedar catalogado para siempre.

Los sastres tienen un gran valor representativo en la sociedad. Por ellos, muchos animales parecen personas.

Avanzamos tanto en Medicina, que, si damos un paso hacia adelante, no vamos a saber estirar las piernas, como si saliéramos de una gran enfermedad.

El sentido común es como el lastre en los globos. Cuando le soltamos, es cuando empezamos a elevarnos.

En la balanza del amor, las mujeres son los platillos de la balanza, y los hombres, el sistema de pesas y medidas...

En alguna ocasión me han dicho que un determinado cuadro resultaba mejor verle de lejos; y, efectivamente, era mucho más interesante... a una legua por lo menos del cuadro.

SATIRICÓN

## LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

XXXVII



QUERIDO Antonio: Recibimos anoche muy tarde el palco, y mamá no quiso vestirse; supongo que te disgustaría un poco que no fuéramos; pero como tienes libre acceso al escenario, pronto se te pasaría el aburrimiento.

He leído y releído tu carta; pienso algunas veces que al escribirme olvidas que somos primos carnales, y que nos vamos a casar.

Cualquier día equivocas los sobres, y recibo yo una esquelita dirigida a «la segunda de la derecha», según se va a las butacas de orquesta del *Reina*...

En algunas cosas tienes razón; ahora que no te esfuerces, ya que, por fortuna, de tonta tengo poco. Ya sé que tus ojos son grandes, muy grandes y muy negros, y que no te sirven para ver, sino para enamorar; pero eso no te autoriza a que pienses como piensas. La mujer de hoy ha subordinado el corazón a la cabeza; el amor ha dejado de ser en ella un sentimiento, y se ha convertido en cálculo; lo que era instinto de la naturaleza es ahora pasión por brillar, por adquirir, por lograr rápidamente una posición económica; lo que constituía una noble aspiración de su alma, se ha trocado en mezquina necesidad del cuerpo; lo que era espíritu elevado, es grosera materia; el amor, que era el fin a que la mujer se consagraba, es hoy el medio de que se vale para alcanzar lo que precise.

Yo no soy así: yo quiero que creas que mi corazón tiene razones que no conocen la razón. Inútil será que me des celos; te querré mientras lo quiera mi corazón; que has de saber que el corazón deja de amar cuando entra en él otro amor; los corazones se conquistan, no se adquieren en pública subasta; con el corazón no se discute; quiere o no...

Además, no olvides que el corazón no enviejce; deja de amar cuando deja de latir.

¿Qué crees, que no sé que hay amores útiles y amores agradables? Ya lo creo que lo sé; ahora que yo no quiero ser pájaro enjaulado con-

tra mi voluntad; deseo ser águila, aunque de sobra sé que, cuanto más me eleve, menos se me verá; pero no me importa; a la mujer la defiende su propia dignidad. ¿Me comprendes?

Supongo que me entenderás, ya que a ti te consta que no soy yo de las que prefieren los diamantes amarillos a los blancos porque aquéllos sean más grandes.

Piénsalo bien, primito; quiero que seas como de cera virgen, para moldearte yo a mi antojo, a mi hechura y semejanza; para que nuestro amor sea siempre un lago transparente que refleje el azul purísimo del cielo y las estrellas de la noche; no quiero que refleje nunca las tempestades de la vida...

Seamos como los naranjos, que, sin estar el fruto maduro, florecen otra vez, y otra...

Ve al *Reina*, si es tu gusto, y a los *cabarets*, y adonde se te antoje; ve ahora, que estás soltero; cuan-

do nos casemos, ya habrás sentado la cabeza, y entonces no pensarás más que en tu monigotilla; ¿verdad?

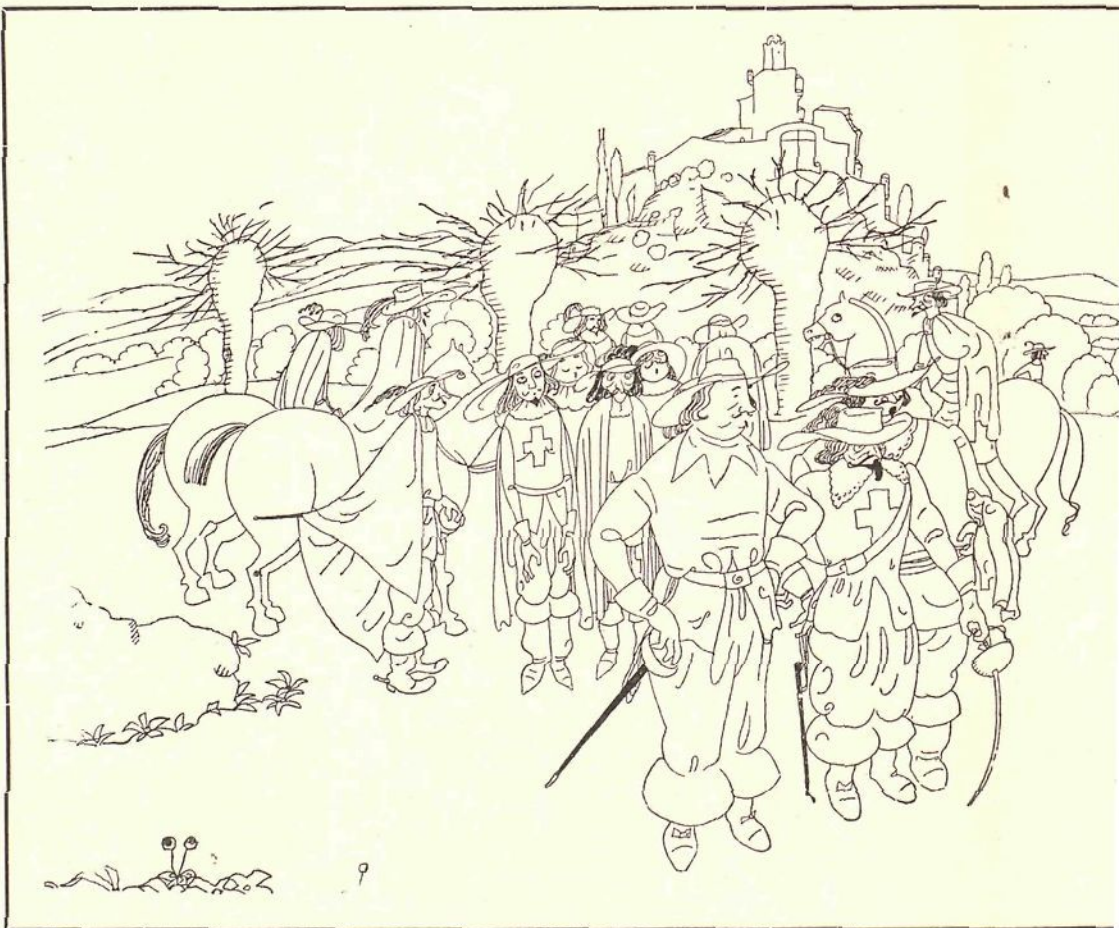
Adiós, Antonio; voy esta tarde con las de Monterreal al *Cinema X*; es un compromiso; si puedes, da una vuelta por allí, y si nos mandas palco, que sea para un teatro de verso; ¿me entiendes?

Hasta luego. Te quiere, a pesar de todo, tu primita

ISABEL.

XXXVIII

Paco mío: No vuelvo más al baile: sobre el temor de que me conocieran, el suplicio de la careta; y por si esto fuera poco, soportar a ese amigo tuyo, siempre tan triste, siempre viendo el lado trágico de las cosas. No dudo que sea un sabio, como tú y todos dicen; pero los sabios, a los *laboratorios*: en los *cabarets* se aburren y nos aburren. Además, si es tan sabio, podía sa-



— Vamos a la encrucijada, y allí os propinaremos sendas estocadas.  
— Dadnos primero las sendas: así llegaremos antes.

ber que le lloran las manos y le sudan los ojos. ¡Valiente nochecita!... Y para colmo de males, te empeñaste en que bailara con él. ¡Buenos me puso los zapatos!...

Yo no sé la cara que hubiera puesto el sabio profesor si a mí se me antoja que él hubiera tocado el violoncelo o el bombo del jazz-band. Si yo le hubiera propuesto tal disparate, me habría contestado: «No sé, señora.» Pues eso mismo debió decir él cuando tú le dijiste que bailara conmigo el fox.

El sabio no sabe bailar; pero echarse encima y darle empujones al chiquitobolero, bien sabe.

¡No se os comprende a los hombres! Unas veces tenéis celos hasta del Sol que nos alumbraba, y otras le decís a un amigo:

— Baile usted con mi mujer; ella le llevará y se dejará apretujar y abrazar; ella no se molestará si usted le hace cosquillas con el bigote.

No digas que exagero, que a eso

equivale el invitar a bailotear a tu amigo en el *apremiuit* del Palás. Cuando vengas mañana a casa te cantaré aquella copla que tenemos en el gramófono; creo que es de Escacena; aquella que dice:

«A casa de la novia  
llevé un amigo...»

Apréndela, y ven siempre solo. No es que yo no tenga confianza en mí misma; es que hay amigos que merecían un hachazo en la nuca y echar arsénico en el bujero.

¡Adiós, hasta mañana! Que no mates y que me traigas discos de Chacón o de la Niña; que no se te ocurra traerme cosas de Debussy; todo lo que quieras menos Rimsky, Kuski y Chapichuskis. Prefiero el arstón a la Filarmónica. ¡Que no faltes!... Te quiere siempre tu

MONIGOTA.

Por la goma y las tijeras,  
que no saben firmar,

TORRES-ASENJO

LA OBRA COMÚN  
APORTANDO GRANITOS



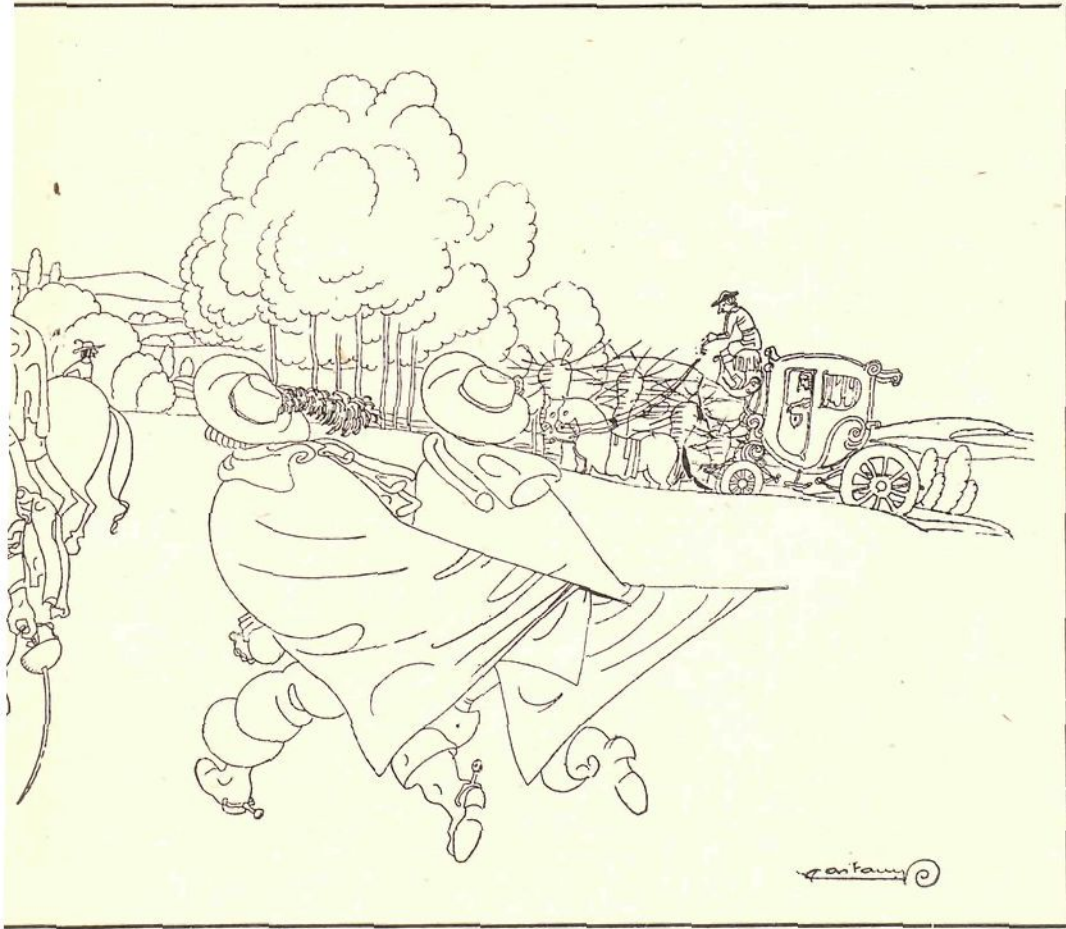
REEMOS difícil encontrar un país en el que se dificulte más la actuación de los funcionarios públicos que el nuestro propio. Aquí todo es lamentarse y la-

crimear porque si Fulano, que debía hacer, no hace, o porque, si hace, es con manifiesta incompetencia y desacierto; pero la verdad es que no colocamos a los fieles servidores del Estado en condiciones de laborar con probabilidades de éxito.

El país iría a la ruina y a su destrucción si no existiéramos, desperdigados por toda la Península, islas adyacentes y el fértil territorio protegido de Marruecos, algunos hombres de buena voluntad y patriotismo, dispuestos a hacer un paréntesis en nuestras ocupaciones numerosas y a encerrar en el paréntesis una porción de claras ideas y de soluciones felices, que vienen a ser el paliativo de las calamidades que otros de menos luces ocasionan a la nación. ¡Cómo se debe congratular el país de nuestra existencia! Prestamos el máximo servicio con el mínimo de costo, porque no gravamos el presupuesto. Por cierto que ¿no se podría agregar un capitulo a los gastos de Gobernación, siquiera para recompensarnos modestamente?

Hoy, como siempre, mueve nuestra pluma el interés común. Hemos interrumpido una digestión laboriosa y la normal actuación de nuestros eficaces jugos gástricos para acudir allí donde la *re publica* nos necesita. Hemos comparecido primero ante nuestra mesa de trabajo, y sucesivamente ante la rígida censura de BUEN HUMOR, y por fin a tu presencia, lector. Y aquí estamos para clamar contra una injusticia y para defender a una clase honrada, «aunque» no del todo modesta: los directores generales.

En los meses de mayo y junio se han venido a inaugurar en Madrid sus buenas doscientas Exposiciones. Se han exhibido desde yeguas de vientre hasta sellos de Correos, pasando por maquinaria agrícola y obras pictóricas. Cada Exposición ha tenido su principio. Cada principio ha sido una inauguración. Y a



Castanys

Dib. CASTANYS. — Barcelona.

cada inauguración ha asistido un director general. Pásmense ustedes, porque nosotros no creíamos que hubiese tantos: un director general distinto cada vez, escrupulosamente seleccionado para el caso.

A la Nacional de Pintura y Escultura fué el de Bellas Artes; a la de Filatelia, el de Comunicaciones; a la Agrícola y de Ganadería, el de Agricultura...

Y esto parece a primera vista que está bien, que es lo adecuado; pero basta examinar con un criterio moderno la cuestión para comprender que se trata de una mala adjudicación de funciones. La del inaugurador de una Exposición es casi semejante a la del simple expectador, de la que sólo se diferencia en la obligación que tiene de celebrar el mayor número posible de las cosas exhibidas. ¡Oh, sería horrible que empezase a encontrarlo todo mal! Pero nada hay tan parecido al expectador de una Exposición, como el expectador de otra Exposición distinta. Los dos poseen la misma resistencia muscular en las piernas, que les permite permanecer imperturbablemente en pie quién sabe cuántas horas; los dos pasean lentamente por las salas, naves o avenidas, y, en esta época, se abanicaban con el programa oficial. Por nuestra parte, no tendríamos inconveniente en reconocer que todos los asistentes a todas las Exposiciones son siempre los mismos. ¿Es que se puede afir-

mar, seria y científicamente, que el cráneo del aficionado a la pintura miniada es diferente del del devoto de las trilladoras mecánicas o de los perros de lanas? Nada hay que esto haga sospechar, y se impone, por tanto, la simplificación del expectador de Exposiciones.

Para ello hay que dar el primer paso, unificando al inaugurador oficial, que debe ser un hombre capaz, seleccionado para el caso, de contrastada resistencia de piernas — ex futbolista, si es posible — y de un dominio indudable, no del adjetivo, sino de todos los adjetivos habidos y por haber, para irlos soltando paulatinamente a medida que avance en la contemplación de lo exhibido, por un turno riguroso, no a tontas y a locas. En la sala o sección más pequeña, por ejemplo, cuidará de no decir más que un «muy bonito», dos «maravilloso» y hasta un «definitivo», porque es necesario que los sobren calificativos para el final.

Es imprescindible llevar todas las facultades inaugurativas — hoy, por desgracia, disgregadas — a un solo hombre, al director general de Exposiciones y Cosas Exhibibles, a quien se debe dotar del personal y elementos necesarios, creando la consabida Dirección.

Lo agradecerían la nación, alguna elevada personalidad, y desde luego el nombrado.

Pero ¡ya verán ustedes cómo no

hay político que recoja esta idea para hacer un bien al país y ponerlo a la altura de aquellos otros cuyas representaciones tuvieron la dicha de hablar en la Conferencia de Génova!

U. MORCILLO

## CAÑO LIBRE

Don Melquiades Álvarez, elocuente *leader* de las izquierdas, ha tenido una idea.

Cuando ya estaba a punto de arreglarse el conflicto de los mineros asturianos con la solución, que a todos nos parecía acertada y justa, de la conservación de los salarios actuales a cambio del aumento de media hora en la jornada, se le ocurrió al insigne orador otra más radical, que hizo suspender las negociaciones.

Y que no puede ser más sencilla.

Como que consiste en que el Estado abone la diferencia entre lo que piden los obreros y lo que dan los patronos..., y todos contentos.

No puede decirse que D. Melquiades sea, como el *Curro Meloja* de los Quintero, «el único *pa* arreglar cuestiones», porque se le adelantó el Sr. Burgos y Mazo en el descubrimiento de tan cómodo sistema para ahorrarse disgustos; pero en este caso tampoco se puede negar que el hombre ha estado bueno, y que si la huelga no ha terminado cuando estas líneas se publiquen, no será porque el ilustre jefe del reformismo no haya dado la receta para resolver, no sólo ése, sino todos los conflictos que se presenten en lo sucesivo entre el capital y el trabajo.

Ahora que puede que D. Melquiades no se haya dado cuenta, porque los grandes estadistas no se paran en pequeñas, de que ese camino no es el de la secularización de cementerios, que no va a ninguna parte, sino que ése conduce irremisiblemente a la bancarrota.

\*\*\*

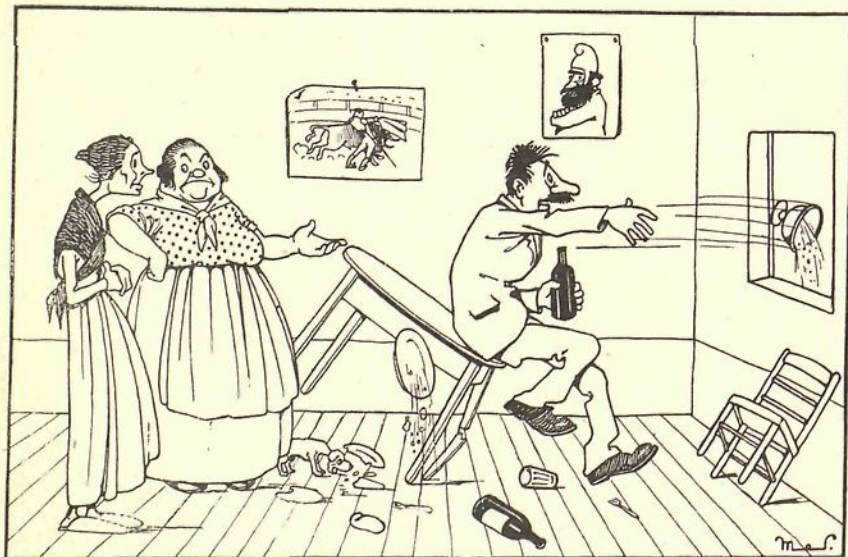
Tengo una duda.

¿Será que D. Melquiades no haya calculado las tristes consecuencias del precedente, que ya se están tocando en los ferrocarriles, o será que, contentando por igual a patronos y obreros, pretende asegurar su cacicato de Asturias, donde es fama que hace mangas y capirotes, aunque la nación se arruine?

Porque en el último caso..., ¿ustedes dirán qué habría que hacer con él en el último caso!

\*\*\*

Parece ser que la Comisión de Presupuestos está muy satisfecha porque ha conseguido hacer una rebaja de once millones en el de Marina. Claro que ha aumentado diez millones para gastos



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

— Pero ¿qué le pasa a tu marido?  
— Pues na, ya lo ves. Que es su santo, y está echando la casa por la ventana...



de personal, con lo cual casi no se ve la economía; pero... del lobo, un pelo.

Y lo gracioso es que para defender lo hecho, la susodicha Comisión ha declarado que lo que urge es tener abundante personal apto, que el material vendrá después. Y no corre prisa.

Como la aptitud del personal no puede conseguirse sin el uso del material, resultará que no salimos del círculo vicioso en que desde el combate de Trafalgar estamos metidos.

Y si alguna vez uno de los pocos barcos que nos quedan tiene que bombardear una población enemiga, se verá precisado a arrojar almirantes. Porque seguramente llevará a bordo más almirantes que bombas.



Es inútil que nos molestemos en pedir que bajen los precios de las subsistencias.

La ley de la oferta y la demanda es inexorable, y no podrán costar más baratas carnes, pescados y legumbres mientras no se suprima, por lo menos, la mitad de los banquetes en honor de las eminencias de todas clases.

¡Cada día se celebran ocho! Éste de cien cubiertos, el otro de quinientos, el de más allá de mil...

¿Será verdad que tenemos tantos hombres insignes dignos de homenajes y homenajitos, o será que ha apelado a ese recurso, precisamente para contrarrestar la carestía, la sufrida y numerosa clase de organizadores de banquetes?

Porque es público y notorio que en esos festejos hay mucha gente que come gratis, y hasta se suele llevar algún dinero a casa.



Todos ustedes habrán leído seguramente este anuncio:

«Turistas: El domingo, a Miraflores. Almorzaréis en el hotel Julia por seis pesetas, y podréis ver vacunar a los

ilustres doctores Carazo las ternerrillas contra la tuberculosis.»

¡Mire usted que haber terneras contra la tuberculosis!... ¡Mire usted que utilizar la vacunación de esas terneras para fomento del turismo!... Estos fondistas son el mismo demonio.

SINESIO DELGADO.



## TITIRIMUNDILLO

*El alcalde ha dicho que la leche más peligrosa es la que llega por las estaciones, y que, como es natural, ha venido antes por la vía.*

*¡Bah!... Ahora resulta que es peligrosa la vía láctea.*

*Su Majestad Kai Dinh, Emperador de los anamitas, se presentó en París vestido de lila y oro.*

*Se pensarían que iba a tomar parte en la corrida de la Prensa parisiense.*

*«Falsificadores audaces.»  
Pues ¿cómo los quería usted, tímidos?*

*Es decir, que se contentasen con falsificar monedas de a perro chico.*

*«Robo en una casa de banca.»  
Hombre, ya de robar, en sitio que haya abundancia.*

*«Praterstern es la Bombilla de Viena.»  
Pero si allí no se come paella, ni*

*se baila a izquierdas el fox, ni hay su miajita de bronca, digan ustedes que Viena no tiene la auténtica Bombilla.*

*— ¿Qué te pasa, hombre?  
— Hace más de una hora que me está picando una pulga.  
— ¿Una hora picando? ¿Por qué no tocas ya a banderillas?*

*«Se suspendió el banquete a los del Tercio.»*

*Sí, señor; ahora, que al que han hecho el tercio, pero malo, ha sido al dueño del restaurante.*

*El alcalde está sudando para que los panaderos rebajen el precio del kilo de pan.*

*— ¿Y lo consigue?  
— ¡Ca, hombre!... Por eso suda el kilo.*

*— Y usted, ¿cómo se las arregla con tanto chico para coger sitio en el tren?*

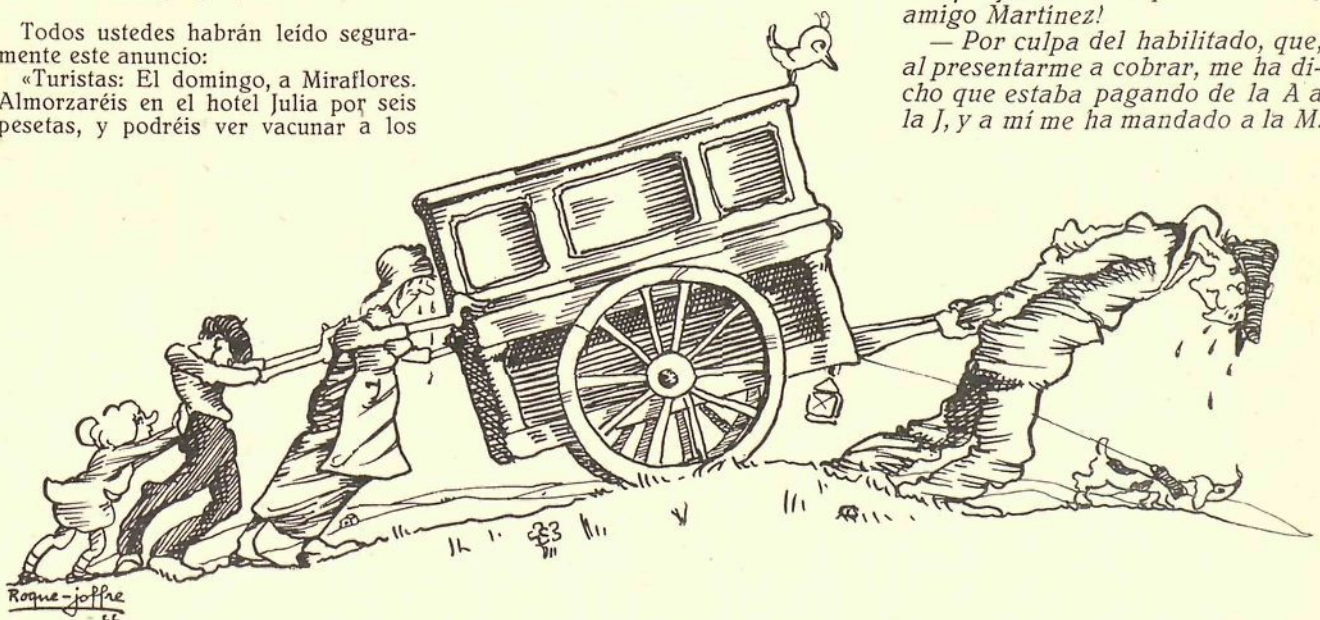
*— Facilísimo. El día antes les hago que coman mucho, y, claro, con tal atracón, cada uno de ellos coge un asiento.*

*Entre aficionados a toros.  
— Se ha inaugurado la estatua de Juan Bravo.*

*— ¿Bravo y llamarse Juan? No te quepa duda: es la estatua de Belmonte.*

*— ¡Vaya una cara que trae usted, amigo Martínez!*

*— Por culpa del habilitado, que, al presentarme a cobrar, me ha dicho que estaba pagando de la A a la J, y a mí me ha mandado a la M.*



UN PIANO DE COLA

Dib. ROQUE-JOFFRE. — Barcelona

## MUESTRARIO DE "FIRMAS"

## ROBERTO CASTROVIDO

Usted le conoce, lector. Iba usted corriendo a sus ocupaciones, a sus negocios...; usted no podía perder un minuto, que le privaría de muchas cosas. Aventuro: garrapatear un continental a su amiga; cerciorarse del tiempo con una inteligente mirada a lo alto; ocupar la mesa que a la misma hora, todos los días, hace dos años — usted cree —, le reservan en el café... Usted es veriginoso; pero metódico. Y de pron-

\*\*\*\*\*



Dib. REINOSO. — Madrid.

— ¡Señor!... ¿Por qué ha de abundar el barro precisamente en las calles más solitarias?

to — este de pronto es, naturalmente, lo imprevisto, un obstáculo con el que jamás contó — queda usted *detenido por un señor que anda trabajosamente, apoyado en una muleta, y obstruye la acera...* Ha perdido usted su minuto, y quizás la mesa del café ya esté ocupada. Comprendo que sepa resignarse; pero sin espiritualidad, porque su espíritu *no dice, no siente, no padece...*

¡A usted con cuentos de arrancar recuerdos a una piedra, a un solar...; a usted con anécdotas que no parodien a las que respaldan las hojas de un calendario; a usted, que ha pasado rozando *La Equitativa* millares de veces y no ha sido capaz de mirarla una sola vez cara a cara! No se ofenda. Pero yo ¡le dejaría cojo de un garrotazo!...

Le conoces tú, bella adolescente; y usted, señora anciana, que ya sólo sabe sonreír con *beatitud* en las visitas, alentando a los demás a que la entretengan con su charla; y tú, mujer, igual si eres o no bella.

A todas os ha rendido el tributo de su galantería con ese magnífico, resuelto e ingenuo sombrero. Siempre, siempre, sin que la sombra de don Juan desfigurase el homenaje.

Es, sin tratar de encenderos en rubor, lo que a veces os ha desconcertado.

Y le conozco yo, para desgracia de mi oído defectuoso, y puntal de una sincera admiración, y motivo de un cariño leal.

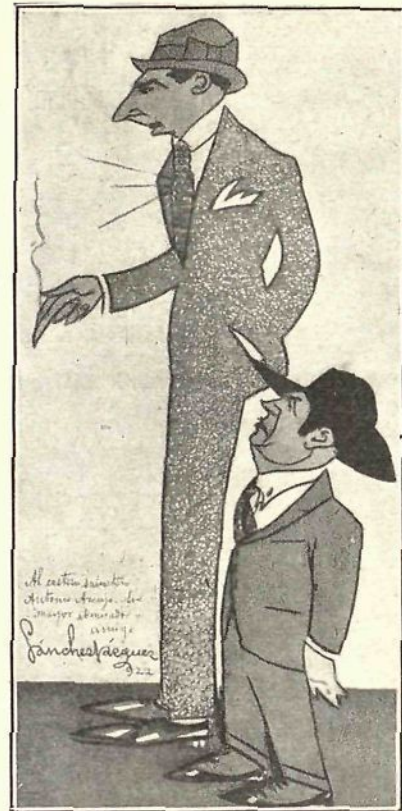
Lo proclamo orgulloso: soy el que más y mejores gritos ha recibido de ese hombre bueno; unos gritos que yo colecciono cuidadosamente, como el personaje de Mark Twain acaparaba ecos.

Y como tengo la colección completa, a base de ellos le voy a confiar un secreto, lector: es la esencia desesperada que anima sus gritos actuales; segunda parte del secreto: ¡porque nadie le quiere creer un fracasado!

Sé que esto le ha llegado a robar el sueño, que está a punto de dar al traste con su habitual bondad, que le puede sumir en la más espantosa neurastenia... ¡Hagan el favor, señores; tengan un poco de compasión!

Usted mismo, lector, si quiere, puede remediar el daño: plantifíquese delante de él y chillele que es un fracasado; que es falsa esa

## BUEN HUMOR



Dib. SÁNCHEZ-VÁZQUEZ.

*Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo, que han obtenido un gran éxito con la publicación de su libro Positinerias.*

*A nosotros nos parecería una obra admirable, si no fuera por la portada.*

*Queridos Torres-Asenjo: ¿cómo, teniendo tantos amigos dibujantes, han puesto ustedes al frente de su libro esa birria fotográfica con fondo de plata?*

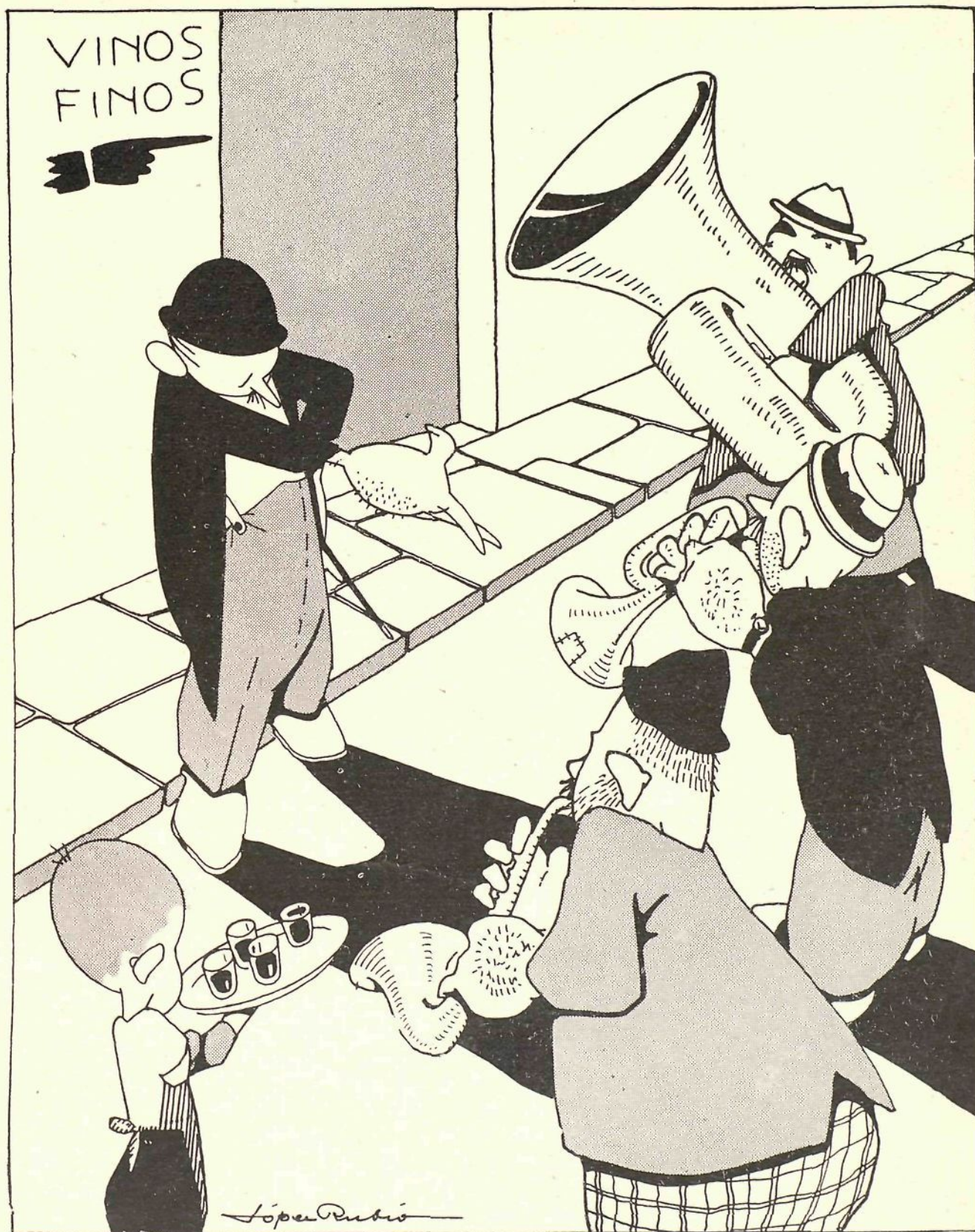
*Los dibujantes españoles necesitan una explicación de este sacrilegio.*

\*\*\*\*\*

estimación general, como jamás igualada; hágase eco de sus lamentaciones, de las injusticia de los hombres que no quieren reconocer los fracasos de sus semejantes, ni aun cuando se trate de gloriosos fracasos.

Si hace usted esto, yo retiro mi propósito de romperle una pierna; yo le proclamo, con un grito muy Castrovido, como el hombre más piadoso de la tierra. ¡No es nada, devolver la tranquilidad a un hombre que tratan de amargarle la existencia entre otros muchos!

LORENZO RODERO.



— ¡Oiga, Gutiérrez! ¡Ese cornetín no suena!  
— Es que se me ha perdido una llave, y no la encuentro.  
— ¿Que no encuentra la llave?... ¡Rediez!... ¡Vamos a tener que llamar al sereno!...

Dib. LÓPEZ RUBIO. — Madrid.

## Exito extraordinario.

Aquel día salió muy temprano  
 Jacinto de casa,  
 pues quería saber el efecto  
 que su obra dramática  
 producía en corrillos y grupos,  
 en calles y plazas,  
 y observó que por todos los sitios  
 por donde pasaba,  
 todo el mundo parábase extático,  
 todo el mundo quedábase trémulo,  
 todo el mundo mirábale atónito,  
 suspenso y sin habla.

— Doy el golpe — decía Jacinto,  
 sorbiendo la baba —  
 Soy un «tío» ganándome a pulso  
 la gloria y la fama.  
 Me conocen, me admiran, me buscan,  
 me acogen, me acatan...  
 Está claro: me vieron anoche  
 salir a las tablas,

y en mi rostro refléjase el éxito,  
 y en mi rostro descúbrese al idolo,  
 y en mi rostro recuérdase al público  
 que me ovacionaba.

¡Cómo miran aquellas señoras!...  
 ¡Y hay una muy guapa!...  
 ¡Y me mira!... ¡Me mira!... ¡Y se ríe!...  
 ¡Y vuelve la cara!...  
 ¡Y se ríe otra vez!... ¡Y otra!... ¡Y otra!...  
 ¡Le he dado en el ala!  
 ¿Qué hago yo? ¿La persigo? ¿La dejo?  
 ¡Bah!... Me voy a casa,  
 porque es ya demasiado espectáculo,  
 porque es ya demasiada película,  
 porque es ya demasiado estrambótica  
 la gloria espontánea.

Y dejando infinitos curiosos  
 por calles y plazas,  
 que marcaban su paso triunfante  
 con vivas y palmas,  
 penetró en su tranquila vivienda  
 cual rey en su alcázar;

y al quitarse la ropa y ponerse  
 las prendas de casa,  
 ¡oh dolor!, vió explicado el fenómeno;  
 ¡oh terror!, vió aclarada la incógnita;  
 ¡oh furor!, ¡vió un muñeco ridículo  
 colgado en su espalda!



Escritores y artistas ingenuos  
 que vais tras la fama:  
 no fiéis en los éxitos nunca;  
 cortaos las alas;  
 renunciad al aplauso plebeyo,  
 que ciega y embriaga;  
 conservad la humildad del vencido,  
 y, al salir de casa,  
 no tengáis vanidades estúpidas,  
 no sufráis distracciones imbéciles,  
 no dejéis de explorar hasta el «tuétano»  
 vuestra americana.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO.



LA SEÑORA DEL RATÓN PÉREZ RECIBE

Dib. ZAMORA. — Paris.

— ¡Cuánto siento que llegue usted tarde, amiga mía!... Pero, en fin, aun quedan algunas pastas...



Al llegar al último peldaño ya no había más escalera, y se encontraron en un enorme salón estilo... gráfico; en un ángulo, en una escupidera construida con una concha de galápagos acuático, había una colilla de puro caliente todavía; al otro lado, en una mesa, un confuso montón de libros en español y tagalo, y por las paredes, algunos cuadros de la guerra europea sujetos con espigas de percebe en lugar de clavos.

Este salón tendría unos quince metros cuadrados (contando las cuatro esquinas); en cada pared lateral había una puerta; encima de una decía: «Cuarto de máquinas»; y sobre la otra: «Almacén y despensa». Pasaron primero por ésta y entraron en un vasto salón de unos veinte metros de largo por siete de ancho; allí había un sinfín de cosas: cuerdas, aceite de almendras dulces, dos sifones de La Corona, un encendedor automático de piedra seca, judías del Barco — que debían ser del submarino —, legumbres, patatas en almibar, trozos de metal y herramientas; aquello, más que un almacén, parecía el Rastro.

Pasaron otra vez al salón, y de éste al cuarto de máquinas; era el local mayor del submarino, pues tendría unos cuarenta metros cuadrados, un poco sesgados hacia la derecha, conteniendo la maquinaria para mover aquel cetáceo metálico. Este salón estaba alumbrado por una gran ventana, cuyo cristal, ya descripto por fuera, era por dentro un poco más claro y menos de aumento.

— ¿Saben ustedes lo que observo? — dijo Norton —. Que el submarino visto por fuera es pequeño; pero interiormente es de mayores proporciones; este salón tan sólo es más largo que su longitud exterior; además, añadan ese otro central y el almacén. ¡Nada, que aquí vamos a estar como el pez en el agua!

Examinada la maquinaria, todo estaba en su sitio: aquello se conservaba mejor que la despensa. De pronto una idea genial pasó por sus cerebros, llegando a ellos como el chispazo de una corriente

# AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONTINUACIÓN)

eléctrica, alumbrando, como reflejada en un espejo, su masa encefálica. No pudieron por menos de exclamar angustiosamente:

— ¿Cómo pondremos esto en marcha?

## CAPÍTULO III

### Desaparición de las alas y de la hélice centrífuga.

Cuando se repusieron de la emoción sufrida por la interrogación con que concluimos el anterior capítulo, se dedicaron a examinar la maquinaria.

— Esto debe de andar con gasolina — dijo Norton.

— ¿Y dónde la echaremos? — dijo Desnancer.

— Yo creo que lo que le falta a este motor es agua — repuso el inventor de la hélice, o sea Nettel.

— ¡Señores! Esto ya está arreglado — dijo Norton —. Le pondremos las alas y la hélice y nos dejaremos de maquinarias que no entendemos; ahora vamos al salón y discutiremos lo que debemos de llevar para el viaje; creo que lo primero que debemos comprar es una pianola con obras musicales.

— Conforme — dijo Nettel —. Pero que no traiga *La tempestad*, pues una tempestad dentro de un submarino sería horrible.

— Pero sí debemos traer *La balada de la luz*, *La marcha de las antorchas* y todas aquellas obras que tiendan a iluminar el salón, y además un gato.

— Conforme — dijo Norton —. Pero hemos de proporcionarle algunos ratones, porque si no lo va a pasar muy aburrido.

— La biblioteca tiene que enriquecerse con volúmenes de viaje, entre ellos los *Morrocotudos* y *Doña Tecla en Pomotú*, de Zúñiga; las *Siete semanas en burro* y *Los manchegos en el Polo Norte*, de Sandoval; y, para datos históricos, la *Historia Cómica de España*, por Taboada, Zúñiga y otros esclarecidos ingenios.

— ¿Y no adquiriremos obras jocosas? — indicó Desnancer.

— Sí — contestó Norton —. Compraremos el *Nomenclátor de los pueblos de España* y la *Historia de la Legislación desde Anibal a nuestros días*. Para seguir una ruta creo que nos basta con el *Camino de perfección* y la *Guía del cielo*.

— Conforme — dijo Nettel —. Añadiremos una baraja, y ya está todo lo concerniente a la biblioteca. Pasemos a la despensa.

— No, aquí estamos bien — dijeron a coro Norton y Desnancer.

— Si digo que pasemos a ver lo que falta en la cocina.

— Lo mejor será hacer el fuego con gas.

— Ese es un fuego fatuo — contestó Norton —. Esta cocina debe de alimentarse con alcohol.

— Me parece — dijo Desnancer — que una cocina alimentada con alcohol, no tendrá ganas de guisar.

— Sin embargo — arguyó Norton —, el alcohol es fácil de producir: basta la cocción de unas patatas para conseguirlo.

— Entonces, el alcohol así obtenido es tuberculoso, y sería un peligro para todos.

— ¿Por qué? — dijo Desnancer.

— Porque se saca de un tubérculo.

De acuerdo con el uso del combustible, pasaron al comestible.

Lo primero era el pan: aquí surgió el primer problema difícil de resolver. ¿Cómo obtenerlo? Aun suponiendo que compraran un árbol del pan en la Indo-China y lo plantaran dentro del submarino, como el árbol del pan alcanza bastante altura (pues el pan está por las nubes), tendrían que hacer un agujero en el submarino para que salieran sus ramas; pero esto tenía dos graves inconvenientes: que entraría el agua dentro, y que el pan se lo llevarían los peces; así que de común acuerdo pusieron un telegrama al dueño de la plantación candeal de la Indo-China desistiendo de la compra del arbolito.

— ¡A falta de pan, buenas son tortas! — dijo Nettel.

Esta fué una idea inspirada: llevarían una remesa de tortas de las Ventas, y las repondrían por telégrafo, una vez agotada la primera remesa.

La carne iría en conserva, y los huevos, por docenas de a doce, pues no querían docenas de fraile; el aceite y el vinagre los llevarían en sifones, y la sal en latas de conservas.

También decidieron comprar algo de embuchado de lomo y unos catorce reales de cereales, por si en caso de apuro tenían que andar ellos a tortas.

En el salón de máquinas convinieron en colocar unos divanes, para si se quedaban dormidos. Resueltos estos pequeños problemas, decidieron salir en busca de las

alas y la hélice para su colocación en el submarino.

— Esto ha de quedar hoy mismo terminado — dijo Norton —, y mañana salimos de viaje para Caspe, desde donde, después de saludar a la familia y de hacer testamento, nos lanzaremos a lo desconocido.

Ya en la calle se encaminaron a la busca de un auto, por cierto que resultó ser un auto de una pobre cupletista que se arruinó.

Ya en él, indicaron las señas, Alcazaba, número 8. El auto era un veinte caballos, los que, marchando a toda carrera, lanzaban chispas por sus aceradas herraduras y relinchaban frenéticamente echando gasolina por los belfos. La carrera fué breve, más breve que la de cura en ocho días; y ya frente al 8, bajaron del auto, por cierto que, tropezando Nettel, se hizo un *siete*, lo que originó alguna confusión; pero cuando vieron que el *siete* lo tenía en la espalda, se orientaron y penetraron en casa de Desnancer, que era el 8.

La escalera no era de caracol; pero lo parecía por la baba que había en ella.

Subieron, y ya jadeantes, en el último peldaño descansaron recostados en la pared. De pronto Desnancer les dijo:

— No vivo aquí; pero si dí estas señas fué para despistar al chófer que nos ha traído; ahora vamos a la calle de la Sartén.

— ¿Al otro extremo? — interrogó coléricamente Nettel.

— Sí; pero ahora montaremos en un tranvía que nos llevará derechos.

La portera les salió al paso, y les preguntó de dónde bajaban.

— ¡De arriba! — fué lo único que supo decir Desnancer.

— Bueno; pues suban otra vez conmigo, que yo necesito aclarar todo esto.

Por una discreta moneda de plata, colocada sobre su mano rugosa y fina, les dispensó de elevarse de nuevo a las buhardillas.

Por fin llegaron. Ya ante la puerta del caserón donde vivía Desnancer, sonrieron graciosamente; éste abrió la puerta, penetraron en el recinto, y se lo encontraron vacío. ¡Las alas habían volado!

## CAPÍTULO V

### El aparato parte.

Cuando vieron que les faltaban las alas, salieron volando a la calle y, tomando apresuradamente un simón, se dirigieron al domicilio de Nettel; éste no estaba allí, pues oportunamente iba con ellos. Sacó la llave del bolsillo, y abriendo la puerta, penetraron todos en el cuarto. Un grito de asombro salió de sus labios. ¡La hélice había desaparecido también!

— ¿Quién puede ser el autor de estas subtracciones? — exclamó Norton.

Pero Nettel tuvo un momento de inspiración:

— Marchemos — dijo —; vamos a ver si ha desaparecido también el submarino.

Y rápidos, ligeros y alados, como ráfagas suaves conducidas por la horrisona tempestad de los trópicos, marcharon hacia el arsenal.

Este se hallaba, como de costumbre, en

el mismo lugar; por lo menos el arsenal no se lo habían llevado. Pero cual no sería su asombro cuando vieron que el submarino tenía ya puestas las alas y la hélice.

Lo absurdo de este acontecimiento les llenó, primeramente, de sorpresa, y después, de alegría; pero cuando llegaban cerca del aparato, se quedaron tumefactos: la hélice se lanzó a dar vueltas, como buscando alguna cosa, y las alas empezaron a alar suavemente.

Entonces Norton gritó con voz enérgica: — ¡Corramos, que el aparato va a marchar!

Y cuando rápidos como la trementina subieron sobre la cubierta del aparato, vieron con terror que éste se lanzaba al vacío majestuosamente.

La emoción de abandonar el suelo debe ser únicamente comparada a la de abandonar la oficina con el cese en la mano.

En el espacio, unidos los tres formando un círculo en forma de triángulo, se pusieron a discernir sobre la manera de resolver un problema de tal naturaleza.

— ¿Quién irá dentro? — dijo Norton.

— ¡Chicuelo no será! — afirmó Desnancer.

— ¡Pues *La Goya* tampoco! — dijo Nettel.

— ¡Como no sea madame Piméntón, que, cansada del canto, quiera ir al llano!

— Lo que debemos hacer — dijo Norton — es abrir la puerta; afortunadamente, tengo la llave conmigo. Penetrando silenciosamente, nos apoderamos de la tripulación: si acceden a nuestros deseos, seremos francos; y si no, seremos duros.

Norton acercó la llave a la cerradura, y con cuidado no exento de cierta intemperancia colombiana, abrió la trampa, y deslizándose suavemente por la escalera seguido de los otros dos, llegaron hasta el salón; allí no había nadie; pero al otro lado de la despensa se oía el dulce ruido de unas notas argentinas, de un charloteo de mujeres. Esto les dejó suspensos un rato; después aprobaron... la idea de hacerlas prisioneras, para lo cual se valdrían de la sorpresa, atándolas; después las arrojarían por la borda del submarino, en alguna desierta aldea de Castilla.

Se acercaron. Sus pechos latían de emoción. De pronto, abriendo la puerta del almacén, se presentaron con los revólveres en alto; pero ¡cuál no sería su emoción al ver a las viajeras!... ¡Se encontraban delante de sus propias mujeres!

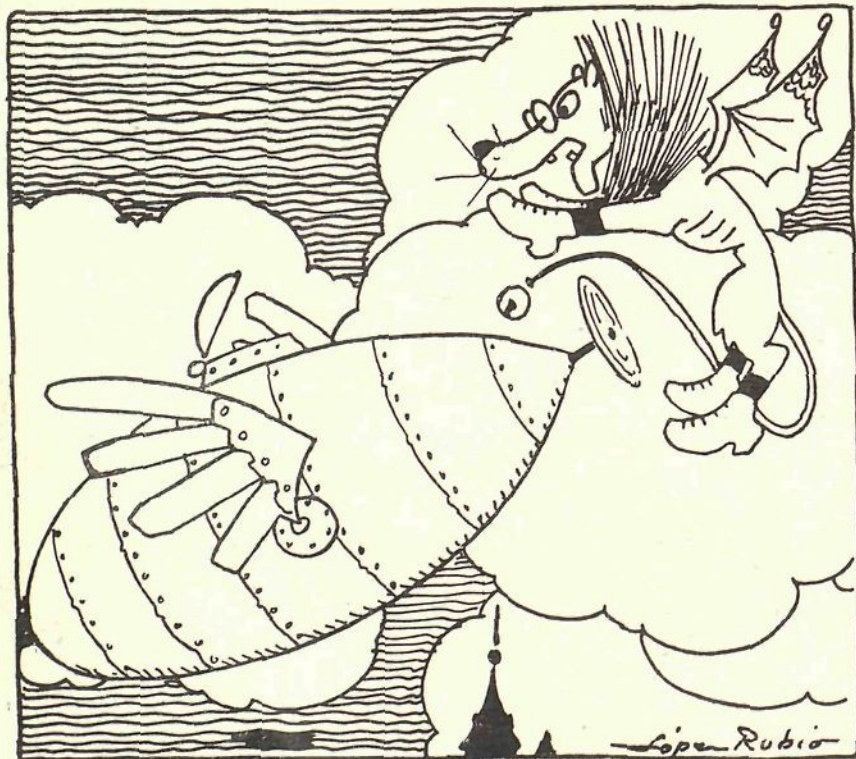
Rindieron las armas y se acercaron cariñosos y asombrados. Norton se dirigió a la suya, y le preguntó cómo estaba allí sin su permiso; ésta le indicó que, enterada por sus amigas de que iba a emprender un viaje, no había querido dejarle solo, para poderle remendar la ropa.

— ¿Y cómo — dijo Norton furioso — partía el aparato sin esperarnos?

— Es que íbamos a dar una vuelta de ensayo, a ver cómo marchaba.

— ¿Y quién ha colocado la hélice?

(Se continuará.)



# LOS ASCENSORES

La conquista de la civilización aérea, anterior a la de la aviación en mucho tiempo, en demasiado tiempo, fué la del ascensor.

Dios dijo, al ver cómo los hombres descubrían el ascensor:

— Pero ¡qué ingeniosos son!...

El primitivo ascensor era un ascensor de agua. Nunca he llegado



a saber el mecanismo del ascensor de agua, y me daba miedo pensar en la catarata que habría que soltar para vencer el peso que supone el ascensor. Por la cascada escalonada de la escalera parecía bajar el caudal de agua que movía el ascensor, como a una especie de molino harinero movido por el salto de agua. Yo viví de niño en una de esas casas con ascensor de agua, y cuando miraba al fondo de la escalera, veía sapos y truchas. ¡Ya tenía mucha imaginación!

Después de los ascensores de agua debieron de venir los ascensores por gas, que, aunque no estoy fijo si han existido, me supongo que debió de consistir su mecanismo en la aplicación al ascensor del globo cautivo, soltándole amarras cuando algún vecino quería utilizar el recipiente, y bajándole a pulso cuando ya había subido.

Por fin, los ascensores fueron eléctricos, y entonces se generalizó su uso, procurando todos los caseros que tuviese ascensor su casa. En esa época del quiero y no puedo se construyeron en cajas de la escalera verdaderamente imposibles — por las que sólo bajaba la colilla del vecino del tercero, que tenía gusto en tirarla por allí y en escupir después — ascensores raquíuticos, en los que realmente no cabía más que una persona, y ésa de perfil.

Yo he visto ascensores en los que la pobre señora de compañía tenía que soportar el peso de las dos señoritas y del perrito, subiendo en forma de pirámide humana, la pirámide de los circos. ¡Pero todo lo soportaba con gusto antes de subir los mil doscientos escalones

que había hasta el piso de las acompañadas!

Alguno de esos ascensores raquíuticos anuncian con temor la carga que admiten, aunque lo anuncian en francés para no ofender al que monta en ellos, pues no puede llamarse *carga* al peso de un caballero. «*Charge* — dicen — ,30 kilogramos.»

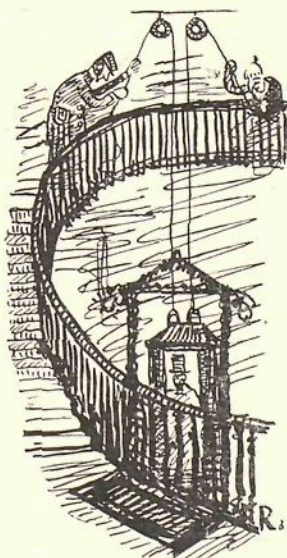
Muchas veces los porteros de esas casas en las que hay un ascensor de pesos mínimos, pesan con la romana al que intenta subir en ellos, o lo rechazan de plano, «porque no hay más que verle para darse cuenta que pasa de los noventa».

Por causa de los gastos que pesan actualmente sobre los caseros, los ascensores han reducido su utilidad, y sólo funcionan el día primero de mes, que es el día de pasar el recibo a los inquilinos.

## NO FUNCIONA

es el cartelito que cuelga generalmente de los ascensores suprimidos, como ese tren rápido que antes unía todos los días dos ciudades, y que ahora ya no circula.

Los ascensores españoles lo que no saben es bajar ocupados. Eso está terminantemente prohibido, y según el cartel que se lee en su interior, «Sólo las personas impedidas lo podrán utilizar para bajar.» ¿Será causa de impedimento, a jui-



cio del señor portero, el tener unos callos recalcitrantes? ¿Lo será el que las botas nos aprieten?...

La resistencia de los porteros españoles a poner el ascensor es terrible. En España nadie tiene la cierta resignación necesaria con que debe soportarse el haber nacido una cosa u otra, aunque se trabaje por prosperar. No comprende el cochero que haya de ser cochero, ni el portero, portero. Eso es lo que principalmente le suele tener irritado al portero, y por lo que no le da la gana de poner el ascensor.

— ¿Hace usted el favor de ponerme el ascensor? — se le pregunta con muy buenos modos. Y entonces el portero, sin sacar las manos de los bolsillos de ese levitón, que, como los bolsillos de las sotanas, se corresponden con los del pantalón, mira las piernas del que ha hecho esa pregunta como diciéndole: «¡Pues no veo que sea usted cojol!», y después poco a poco se dirige al ascensor, abre la puerta de hierro de la jaula, abre la puerta del armario, las cierra con sequedad, y después, si el vecino no toca el botón del ascensor, el portero toca el botón en que parece estar escrita una dirección asaz expresiva e insultante. Yo, para que no me envíen ahí me apresuro siempre a dar al botón ascensorial, pase lo que pase, y aunque me equivoque y ese tercerero no sea el cuarto cuarto al que yo voy, o ese *final* esté en las nubes y tenga que volver a bajar cien escalones.

Sólo una vez me he explicado la resistencia de los porteros a poner el ascensor a los que lo piden. Yo notaba que aquel ascensor tardaba mucho en funcionar, y por eso me dediqué a observar en lo que pudiese consistir aquello, hasta que



logré sorprender el secreto por el cual los porteros, después de enerrar con llave al cliente, subían la escalera, y a polea tiraban de la caja estrecha y difícil. ¡Cómo sudaban los pobres esposos!...

Desde aquel día acostumbro preguntar a los porteros, para tener la caridad de no subir en el ascensor:

— ¿Lo mueven a brazo?

Y sólo si me contestan que no, subo al siempre misterioso aparato.

A veces en los ascensores hay prescripciones que aterrorizan:

1.<sup>a</sup> Dar al botón del piso en que se desee parar.

2.<sup>a</sup> Rezar el credo.

3.<sup>a</sup> Confesarse consigo mismo, porque el ascensor es una especie de confesonario portátil.

4.<sup>a</sup> Quedarse quieto en el ascensor si hay alguna avería, esperando a que los porteros la descubran cuando hagan la limpieza al día siguiente.

5.<sup>a</sup> El timbre de alarma sólo podrá ser usado en caso de asesinato, y sus falsos usos están penados por la misma ley que regula el uso del aparato de alarma de los trenes. (Real decreto del casero en carta autógrafa a la portera.)

Yo he desistido casi de montar en

los ascensores y subir en esas barquillas peligrosas a las alturas a que conducen: a 3.600 ó 5.800 metros sobre el nivel del mar.

Yo soy un alpinista de las escaleras, que no se enchiquera en los ascensores porque no le da la gana; y eso que sé una martingala por la que, tocando todos los botones al mismo tiempo, la ascensión es rápida, rauda, pues así se suman todas sus velocidades y sus fuerzas. ¡Resulta un cien caballos cuesta arriba!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Ilustraciones del escritor.

## DEL BUEN HUMOR AJENO

### EL SANTO DE MAMÁ, por Léon-Charles Bienvenu.

He aquí el programa de los festejos, que nada deja que desear, desde el punto de vista de la amenidad y de la economía:

A las siete y media, entrada de los niños en camisa en la alcoba paterna.

Transportes de cariño (según el modelo de los años anteriores).

Recitado de felicitaciones en verso. Emoción de los papás.

Despiden a los niños, y se levantan.

#### Comienzan los preparativos.

Se distribuyen los trabajos, y se cuenta el número de los invitados que han de venir. Se llega a un total de diez y siete. Son demasiados. Queda la esperanza de que los Tartiflard, que llegan a nueve, sean detenidos en casa por alguna indisposición.

De ocho a diez, la mamá hace la compra, mata un conejo y saca la porcelana y la cristalería.

A las ocho y treinta y cinco, la criada, que está de muy mal humor a causa de la mucha vajilla que habrá que fregar, coloca un montón de platos en el borde del aparador. Todo se viene abajo con estrépito.

Mamá está furiosa.

La criada, sin descon-

certarse, responde que no se explica cómo ha podido ser.

Mamá insiste en sus gritos, y la criada plantea la cuestión de confianza y se quita el delantal.

En un día como éste, con diez y siete invitados, la cosa es grave. Mamá se reduce.

La criada no consiente en ponerse el delantal hasta haber obtenido un voto de confianza, que se acuerda conceder.

Además pide un aumento de cinco francos al mes.

Mientras tanto, papá, en el jardín, prepara los festejos.

Coloca clandestinamente fuegos de bengala, ocultos en las esquinas

de los macizos, para la tarde. Pone farolillos a la veneciana en las plantas, a la altura de las rodillas, a falta de árboles de más consideración. Ensayo fuegos de agua como los que ha visto en Versalles, etc., etc.

A mediodía, almuerzo ligero.

A las dos y diez se oye el silbido del ferrocarril: es el tren que llega.

Papá, que se ha subido a la tapia, señala la llegada de los invitados por el camino.

Los Tartiflard llegan en masa. Traen además a la abuela como suplemento.

Se oye un grito tremendo. Es mamá que dice a papá:

— ¡Augusto!... ¡Te has olvidado de coger los melocotones!

— ¡Sapristi!... ¡Es verdad!... Los convidados son de confianza. Voy a cogerlos.

Pero los tres melocotones que consigue están verdes... ¡En aquel tiempo!

Llaman a la campanilla.

#### Llegada de los invitados.

Saludos y abrazos de costumbre.

El pequeño de Tartiflard se cae en un charco al intentar perseguir a un gallo.

Gran emoción. No se ha hecho nada.



SABIO CONSEJO

— ¡Imprudente!... ¡Temerario!... ¿Por qué no se traga usted la vaina antes?

(De Le Rire. — Paris.)



De tres a cinco, juegos variados. Hacia las cuatro, el invitado Gobinet enciende un cigarro en el jardín y tira negligentemente la cerilla, que enciende una luz de bengala oculta en la esquina de un macizo por el dueño de la casa.

Nueva emoción.

El resplandor rojo se levanta por encima de las tapias.

Se oyen campanas.

Es que en el pueblo se ha visto el humo, y han creído que era un incendio.

Cinco minutos después, unos doscientos vecinos acuden con dos bombas. Se les explica lo sucedido.

Se retiran de muy mal humor.

Tiro al blanco con armas de salón.

La señora de Tartiflard, que se obstina en disparar con los ojos cerrados, nunca hace blanco.

Coloca una de las balas en el jarro en que papá había preparado el vino blanco para refrescar.

Destrozo. Desolación.

A las cinco, comida.

Se busca por todas partes al pequeño de Tartiflard para sentarse a la mesa.

Se le encuentra en el sótano lamiendo el papel matamoscas que ha cogido del comedor.

Se come en el jardín.

A las cinco y cuarto, gran tormenta y chubasco.

A las seis menos diez, el pequeño de Tartiflard vomita en el chaleco blanco de su padre.

¡Está salvado!...

Don Adolfo Bigonnet, que está en mangas de camisa, se levanta y se dirige al vestíbulo para buscar en el bolsillo de su americana unos versos que ha compuesto para la fiesta.

De siete a nueve:

Romanzas, cuplés y trozos de *La Africana*, por una señorita que se prepara en el Conservatorio.

Volteretas en el jardín.

El señor Cabourot, mercero, ha traído su acordeón.

Lo trajo y lo colocó en una silla del vestíbulo.

Las señoras están contentísimas.

Mientras busca su música, el pequeño de Tartiflard coge un sifón lleno de agua de seltz y lo vacía, por distraerse, en la acordeón por la válvula de los trémolos.

¡Vaya por Dios!...

El niño se lleva lo suyo.

A las nueve, fuego de bengalas, cohetes y petardos.

Regocijo general.

A las nueve y media, preparativos de partida para el tren de las nueve y cincuenta y siete.

Se busca por todas partes al pequeño de Tartiflard.

Le encuentran dormido en la cocina, con la cabeza reclinada sobre una tarta de cerezas.

A las nueve y tres cuartos, salida.

A las diez se guarda la vajilla.

Se cuentan las botellas vacías.

¡Son cincuenta y dos!...

A las diez y media, regreso de todos los invitados, los que, no habiendo alcanzado el tren, vienen a dormir. ¡Tableau!...

Se colocan colchones en el suelo del comedor.

A media noche, gritos tumultuosos.

Llega papá.

Todos los lechos están inundados, y los invitados se refugian escalando los muebles. Hay tres que se han colgado de la lámpara.

Es que el pequeño de Tartiflard, antes de dormir, ha abierto el grifo de la cocina.

A. R. H.

\*\*\*\*\*

CUENTOS CHINOS

UN RECURSO SUPREMO

El estreno del drama, ribeteado de tragedia, *El imán del amor*, original de Bernardino Macatrú, redactor del gran diario de la mañana *La Verdad*, había dejado recuerdo

imperecedero en todos los mentideros de la corte; pero quienes lo recordaban mejor eran los compañeros del insigne Macatrú.

En dicha noche, Macatrú se vió obligado a salir del teatro conducido por la Guardia civil, no le fuera a linchar el público, que ya había arrancado de cuajo las butacas, había irrumpido en el escenario, y estuvo a poco de incendiar el teatro. Cada vez que algún compañero de redacción recordaba el episodio, iba alguno a la Casa de Socorro, bien porque se accidentaba de risa, o porque Macatrú estaba delante, se amoscaba y terminaba a golpes la burla...

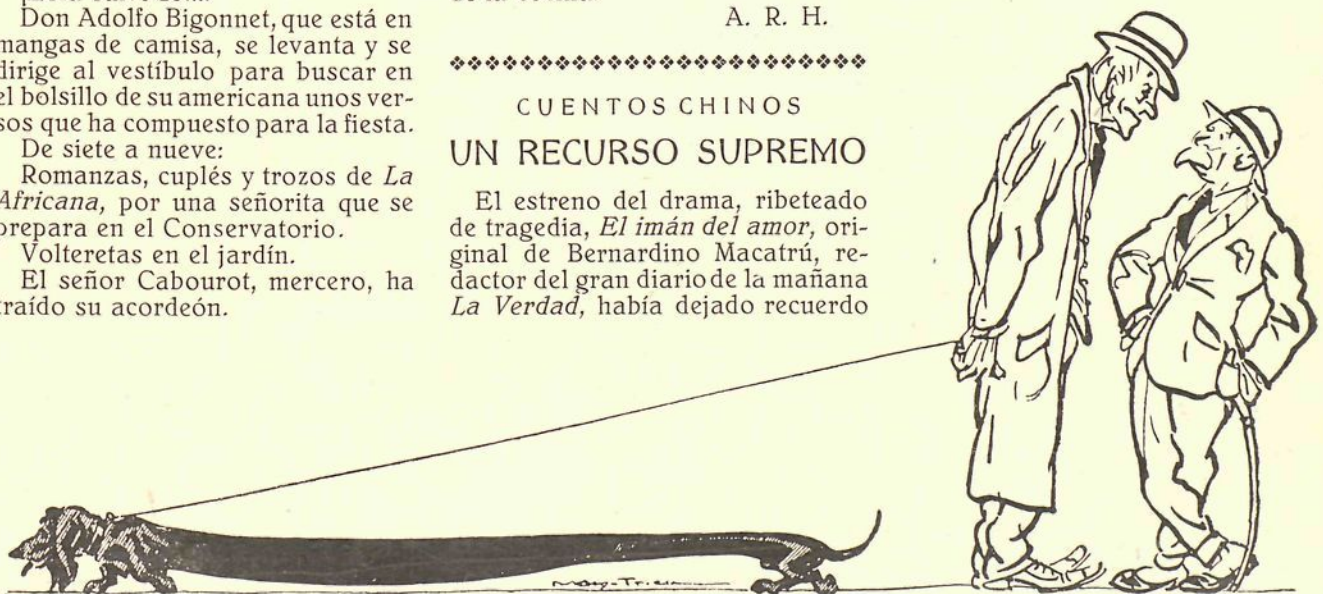
Sin embargo, Macatrú decía que el fracaso se había debido a incomprensión del público acéfalo y a la mala intención de ciertos amigos envidiosos que reventaron la obra.

Pasó el tiempo. Una tarde se hallaban reunidos en la redacción de *La Verdad* algunos redactores, varios de ellos auténticos celebrados autores de varias comedias que se representaban en teatros de Madrid y provincias. Hablaban de lo que cada uno había cobrado en el último trimestre.

— Yo este trimestre he cobrado muy poco — decía uno.

— Pues yo, en cambio, ha sido éste el trimestre en que he cobrado más — añadió otro.

En esto, entró en la redacción Macatrú. Se acercó al grupo, se en-



— La casa de usted debe de ser muy baja de techo, ¿no?...

(Dib. de MARS-TRICK en Le Journal Amusant. — París.)

teró de lo que se hablaba, e intervi-  
no en la conversación. Y de pron-  
to, allá va: Macatrú que dice ante  
el estupor de todos:

— Pues yo este trimestre he co-  
brado unas quinientas pesetas.

— ¿De qué? — pudo preguntarle  
uno de los que le escucharon, re-  
puesto de la sorpresa.

— ¿Cómo de qué? — dijo extraña-  
do Macatrú—. ¿De qué va a ser?...  
*De El imán del amor.*

— ¿De *El imán del amor*?

— ¡Sí, de *El imán del amor*!... Us-  
tedes saben que aquí, en Madrid, no  
gustó...

— Sí... — aventuró tímidamen-  
te uno.

— Pues bien: para que ustedes  
vean, en La Habana lo están re-  
presentando con un éxito enorme...

— ¡Ah!, ¿sí?...

— Sí... Recordarán ustedes por lo  
que no gustó aquí...

— No recuerdo bien... — apuntó el  
mismo de antes.

— El escándalo se armaba, re-  
cordarán ustedes — continuó Ma-  
catrú —, cada vez que salía a esce-  
na el protagonista...

— Sí, eso es.

— Pues bien: he arreglado la  
obra..., y he suprimido el protago-  
nista...

TRISTÁN ALEGRÍA.

\*\*\*\*\*  
**CORRESPONDENCIA  
MUY PARTICULAR**  
\*\*\*\*\*

*Stilo. Valencia.* — Creíamos haber con-  
testado a usted a su debido tiempo. Los  
dibujos están bien y son publicables; los  
chistes son los que no sirven. Mándenos  
otras cosas más graciosas.

*J. M. M. Madrid.* — *Galindo. Madrid.* —  
*J. Zapata.* — *J. Paül. Barcelona.* — *Pepe  
y Chunda.* — *Desheredado.* — Los dibu-  
jos están bien. Los chistes no tienen gra-  
cia. Insistan ustedes.

*J. F.* — Lo que nos envía es inferior a  
su categoría literaria.

**CUPÓN**  
correspondiente al número 32  
de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

**Toda la correspondencia  
artística, literaria y admi-  
nistrativa que se nos envíe,  
debe dirigirse al apartado  
de Correos número 12.142.**

**ENTREACTOS**

*Cuanti más lo pienso, menos me lo  
[explico:  
el por qué la ternera en las fondas  
toa sabe lo mismo.*

*Óyeme un consejo, hermano:  
Quien se casa a los sesenta,  
es perro del hortelano.*

*Quiero a una rubia de Lima,  
a una morena de España  
y a una castaña de Indias.*

*Niña, no empieces er queso:  
que de inosente a curpable  
no hay más camino que un beso.*

*En el monte del amor  
la mujer es el reclamo;  
la suegra, el perro de caza;  
y el pobre novio, el gazapo.*

ANTONIO GRILLO,  
C. de la A. de la L.

\*\*\*\*\*

*Un entusiasta de Mark Twain. Ma-  
drid.* — Envíenos algo mejor.

*Ewan Po. Bilbao.* — Usted debe de ser  
una eminencia, cuando usted mismo lo  
asegura tanto. Hasta ahora no lo hemos  
visto. Puede que cuando dé usted con un  
asunto interesante, consiga algo. De estilo  
no está mal.

*F. L. E. Madrid.* — No está mal, pe-

**No se devuelven los origina-  
les ni se mantiene correspon-  
dencia acerca de ellos. Bastará  
la sección de Correspondencia  
para comunicarnos con los co-  
laboradores espontáneos.**

queño. El género lo ha aprovechado todo  
el mundo. Lo que más nos ha entusiasma-  
do ha sido la escritura de imprentilla, en  
la que revela también grandes dotes.

*L. M. Salamanca.* — No tiene gracia  
ninguna. Otra vez será, ya que tan gene-  
rosamente nos ofrece su colaboración  
asidua. Suponemos ya en su poder el di-  
bujo.

*Un aficionado. Madrid.* — Tienen algo,  
sí, señor. Sobre todo, la segunda. Insista  
usted con cosas así, cortas; pero ¡hombre  
de Dios!, no escriba usted *ynfimas*, que  
está muy feo.

*Segundo Cervantes. León.* — ¡Anda, y

qué novedad se nos trae usted! Ya se con-  
tentará con ser segundo *Cienhigos*.

*L. L. Galarza.* — Es una estupidez y  
una porquería. ¿He dicho algo?

*L. F. A. Ben Karrich (Tetuán).* — No  
está mal; pero usted puede hacerlo mejor.  
Envíenos otra cosa con un asunto menos  
vulgar. El lema es una cursilería, hombre...

*J. M. G. Barcelona.* — Eso ya lo cono-  
cemos todos firmado por Jules Moy y Max  
Viterbo. ¡Le digo a usted, guardia...!

*Un quinto. Dar Quebdani.* — ¿Nada  
más? Hombre, es poco.

*Un yerno.* — ¡Psch! Bueno. No ha des-  
cubierto usted la pólvora, que digamos.

*Jadraque.* — ¿Se cree usted que todo es  
tan fácil como copiar chistes de las hojas  
de almanaque? No crea usted que pierde  
actualidad La tendría cuando se hizo eso  
por primera vez Esmérese y enmiédese,  
amigo.

*Caletre.* — Su *Soneto* nos ha llegado al  
alma, y no podemos resistir la tentación  
de publicarlo sin quitarle ni ponerle nada.  
Allá va:

- O la Primavera Ermosa,
- el Estio primoroso,
- el Otoño rumoroso,
- el Inbierno triste y frío.
- O la estación de las flores,
- la estación del verano,
- la estación del Mediodía
- la del Metropolitano.
- Ola de mar y de río,
- ola de frío y calor.
- ¡Ola, hombre! Amigo mío.
- ¡Ola! ¿Qué tal, buen señor?
- O el umorismo fino.
- ¡¡¡O la revista BUEN UMOR!!!

Para que vea usted que aquí no rega-  
teamos elogios cuando la cosa lo merece,  
le publicaremos también algunas de las  
*Seguidiyas*:

- En una mañana  
del mes de *avril*  
nació el señor  
don Pepe Gil.
- Cuando era pequeño,  
lo pusieron de rodillas  
por *accer muecas*  
a su maestro, señor Pardinias.
- Combiecto y confeso,  
fué condenado  
a morir estrangulado,  
en un garrote vil *aorcado*.

Mándenos más cosas, señor Guasón,  
digo señor Caletre, pues sentimos por  
usted una admiración sin límites.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

**CUPÓN NÚM. 2**  
que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de julio.

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



## Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**  
**A base de nogal.** Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



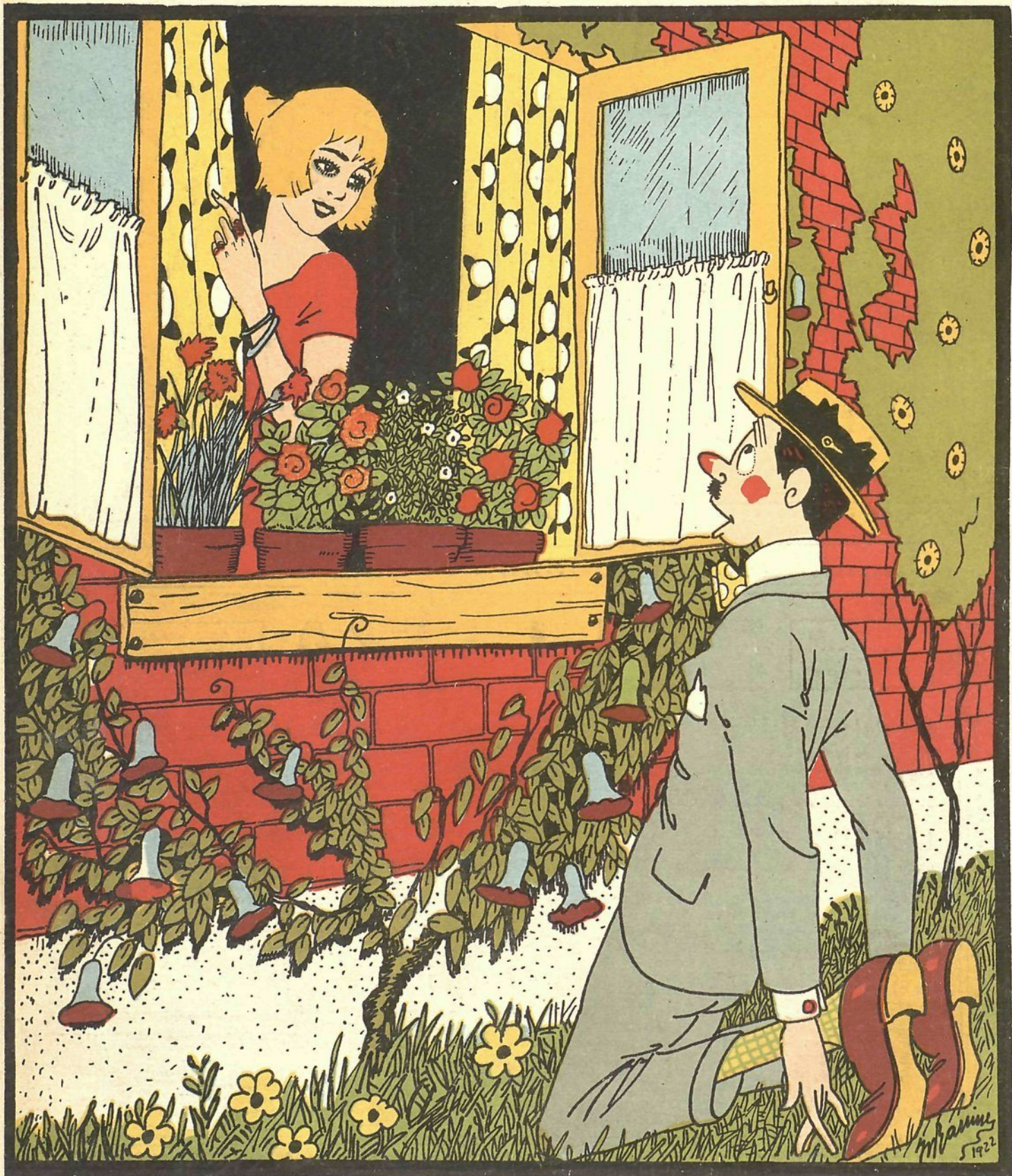
**CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)** (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.  
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

# BUEN HUMOR



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡A sus plantas se lo pido!